

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



Kemble, tambor de muñecos.
Kemble, cómico ambulante.

Felipe Kemble.

Kemble, doméstico.
Kemble, degradado.

LA JUVENTUD DE KEMBLE. 1783.

RELACION DE UN CONTEMPORANEO.

Encuentro en el parque de San James.—Una cara conocida.—Se convida á comer.—Efectos de un pedazo de vaca y un jarro de cerveza.—Relacion del comensal.—Una familia que hace ruido en el mundo.—Tambor de muñecos.—Desertor.—Un ministro atollado.—Cocina miserable.—¡Al ladrón!—Cómicos ambulantes.—Vida nómada.—Despabilador de bugías.—Primera salida —Éxito.—Reves.—Una señora de ingenio.—El fondo del último jarro.—El sa'timbanqui llega á ser un grande hombre.

Soy muy aficionado á toda clase de diversiones, sea cual fuere la compañía que me las proporcione, cuando
25 de Diciembre de 1850.

aquellas me sirven para matar el tiempo, el mayor enemigo del género humano. Si, el talento aun cubierto de harapos me ha agradado siempre.

Hace algunos días me paseaba por el parque de San James, en hora en que todos suelen ir á comer: eran muy pocos los paseantes, y la mayor parte de ellos, mas bien tenian trazas de querer olvidar el apetito, que de abrirle con el ejercicio.

Por lo que á mi hace, fui á sentarme en un banco, en el cual se encontraba ya un hombre muy mal vestido.

Después de proferir ambos muchos *hem hem*, toser y hacer rayas con nuestros bastones en la arena, preliminares habituales de conversacion entre personas que no se conocen, me aventuré á dirigir la palabra á mi vecino.

TOMO VIII. 34

—Perdonad, caballero, le dije; pero me parece haber tenido el gusto de veros otra vez: si, vuestro semblante no me es desconocido.

—Os creo, caballero, me contestó, soy efectivamente muy conocido, y así me lo dicen todos mis amigos. La vista de mi persona, es tan familiar á los habitantes de la mayor parte de las ciudades de Inglaterra, como la del dromedario ó crocodilo. Quiero deciros con esto, caballero, que he sido diez y seis años tambor y payaso de muñecos. Mi último amo ambulante, el señor Bartolomew y yo, nos hemos indisputado, batido y separado, él para vender sus muñecos á un comerciante de Rosemary-Larre, y yo para morir de hambre en el parque de San James. Así es que en mi dictámen, salvo otro mejor, nos hubiera convenido mas que hubiésemos continuado juntos los muñecos, el señor Bartolomew y yo.

—Siento mucho, le contesté, que una persona de tan buen aspecto se encuentre en situación tan desagradable.

—Caballero, me contestó con viveza; mi buen talante se halla desde luego á vuestras órdenes, y aunque no pueda vanagloriarme de comer á todas las horas del día que tenga deseos de ello, os digo que hay pocos hombres tan alegres como yo. Si tuviese veinte mil libras esterlinas de renta, tal vez lo sería mucho mas que ahora, pero no lo aseguro. El destino que me niega hasta un miserable penny, lo sabe mejor que yo. Cuando tengo doce cuartos en mi bolsillo, jamás me privo del placer de gastarlos; cuando no los tengo, jamás rehusa la invitación de comer que me hace algún hombre tan bueno y rico que pueda pagar el gasto en la fonda ó en el figon. A propósito, caballero, ¿qué os parece una botella de cerveza gaseosa y un pedazo de vaca?... Si me convidais ahora, yo os obsequiaré otro día cuando os encuentre en el Parque con ganas de comer, y mi bolsa se halle mas repleta de lo que en la actualidad se encuentra mi estómago.

Como jamás escuso un pequeño gasto para complacer á un compañero de buen humor, nos dirigimos inmediatamente á una taberna próxima, y al cabo de cinco minutos teníamos delante de nosotros sobre una mesa, una humeante loncha de vaca, y un jarro de cerveza de tres cuartillos. Imposible me sería espresar, cuanto aumentó la vivaz alegría de mi compañero, la vista de aquella excelente comida.

—Este plato, caballero, me gusta mucho por tres razones: primera, porque soy muy aficionado á la vaca; segunda, porque en este momento tengo un apetito que pagaría á peso de oro un gastrónomo; y tercera y última, porque no me cuesta nada. A mi modo de ver, el mejor plato es el que no se paga.

Tal era la opinion de mi nuevo conocido con respecto á la comida, y su apetito me parecia perfectamente de acuerdo con su opinion. Despues de concluida, observó que la vaca estaba un poco dura; pero sin embargo, continuó, mientras comia me parecia muy tierna y succulenta. ¡Oh delicias de la pobreza!... solo vosotras haceis conocer al hombre el placer de tener hambre. Nosotros los pobres diablitos, caballero, dijo dirigiéndome una mirada, somos los niños mimados de la naturaleza: á los ricos los trata como madrastra cruel. Nada les gusta: dadles el mejor pedazo de vaca, y le encontrarán insípido y correoso, y aunque se lo condimentéis con la salsa mas picante, no les abrirá el apetito. Siendo así que para el pobre, todas las cosas de la

creacion son buenas. El vino barato le bebe con tanto gusto como si fuese Champaña, y si es algo mas caro, como si fuese Tokay. Solo nosotros estamos siempre contentos. Aunque no poseemos propiedades, donde quiera que nos hallamos tenemos nuestros bienes. Si una inundacion se lleva la mitad de las tierras de Cornouailles, como que no poseo ninguna, estoy contento: si bajan los fondos en la bolsa, no cerceno nada de mi gasto, porque si alguna vez juego, nunca es á la bolsa.

La incesante charla del comedor de vaca, y su estremada pobreza, escitaron en mi una viva curiosidad: parecíame que la vida de semejante hombre debia ofrecer un singular interés, y le supliqué tuviese la bondad de referirmela.

—Con muchísimo gusto, me replicó, nada puede serme mas agradable: mas para no dormirmos será preciso beber, y para beber hace falta otro jarro, porque este, vacío como se encuentra, no inspira mas interés que la vida uniforme y monotonía de un beneficiado. El jarro que va á venir, dijo mirándome con aire risueño y picaresco, infundirá tanto placer á vuestro servidor, como á vos su historia.

No habia medio de resistir á tan ingenioso mendigo: mandé pues, traer un jarro de tres cuartillos, y comenzó:

—Habeis de saber, caballero, que provengo de muy buen tronco. Mis antepasados han hecho algun papel en el mundo: mi madre vendia ostras por las calles, y mi padre era tambor, hasta me han dicho, aunque no estoy seguro de ello, que en mi familia ha habido un trompeta. Muchos hidalgos no pueden vanagloriarse de abuelos, cuya vida haya metido tanto ruido. Pero esto les importa á ellos; á mi no.

Al decir esto, mi compañero tomó el jarro, llenó un vaso de cerveza, y se le bebió sin descansar.

—Como era hijo único, continuó, mi padre creyó que no podia hacer cosa mejor que enseñarme su oficio: el buen hombre esperaba que por aquel medio hiciese fortuna. También es preciso deciros que mi padre era tamborilero de una compañía de saltimbanquis. Así es que la ocupación de mis primeros años consistió en golpear el pellejo de asno, y explicar en seguida las habilidades de polichinela, y la sabiduría de Salomón en toda su gloria. Pero aun cuando mi padre pusiese un cuidado especial en hacerme adelantar en su arte, y aunque me enseñó todas las marchas, contramarchas y evoluciones guerreras, confieso con rubor, que hice muy pocos progresos, pues tenia mal oído para la música. Como ya tenia quince años y necesitaba un oficio para vivir, me marché y senté plaza de soldado. Pero he aquí, que del mismo modo que siempre habia aborrecido el tocar el tambor, encontré detestable el cargar con un fusil. No me convenia, pues, ninguno de aquellos dos oficios, y solo sentia inclinación á un estado, el de gentleman rico. Añadí á esto que me veia obligado á obedecer á mi capitán, el cual tenia su voluntad, como yo la mia, sin que jamás pudiéramos ponernos de acuerdo. De lo que concluia, y con mucha razón, que es mas sencillo para un hombre, obedecer su propia voluntad que la de otro, y en seguida tomé el partido de obrar conforme á mi conclusion. De aquí surgieron para mí muchos disgustos: ademas, como la vida de soldado me causaba spleen, pedí permiso para dejar el servicio. Yo era alto y robusto; mi capitán me dió las gracias por mi buena intencion, y aplaudió mi amor á la paz, pero añadió al mismo tiempo, que teniéndome una predilección especial, no podíamos separarnos tan pronto. Entonces escribí á mi pa-

dre una carta muy lastimera, rogándole reuniese el dinero necesario para sacarme del servicio, pero el digno varón era tan aficionado á beber como yo mismo.—Caballero, á vuestra salud (y empujó el vaso lleno de cerveza)—y según he observado, á los que les gusta beber, no les acomoda mucho el pagar por otro. En una palabra, no me contestó á mi carta. ¿Qué me quedaba, pues, que hacer?.. Si no tenía dinero, tenía al menos un equivalente para el mismo fin. ¿Y cuál era este? Un excelente par de piernas para fugarme; desérté, pues, y quedé tan satisfecho al verme libre, como si hubiera comprado mi licencia.

Viéndome ya libre de mis ocupaciones militares, vendí mi uniforme, compré otro trage, que aunque no tan bonito, era menos comprometedor, y por afición á la soledad, me dirigí por caminos poco frecuentados. Una noche á unos quinientos pasos de una aldea en donde iba á entrar, vi á un hombre que bien pronto conocí era el cura párroco, tendido y medio ahogado en un lodazal, en donde le había derribado su caballo. Me pidió auxilio, y en mi posición socorrer á alguien era una gran fortuna. Aunque con suma dificultad pude sacarle de aquel pantano: dióme las gracias y se preparaba para marchar; pero yo le seguí hasta su casa, porque siempre me ha gustado que un hombre me dé las gracias á la puerta de su habitación. El cura me hizo cien preguntas: ¿quién era? ¿de dónde venía? ¿adónde iba? ¿y si era persona segura y fiel? Le contesté á toda su satisfacción, y mucho más á la mía, porque como me preguntaba á mí mismo, puede muy bien atribuirme el carácter mas sobrio del mundo.

Caballero, tengo el honor de beber á vuestra salud: y en un abrir y cerrar de ojos, llenó el vaso y lo vació.

Tampoco dejé olvidadas, la prudencia, la discreción y la fidelidad. Para abreviar, habiéndome preguntado el buen hombre mi opinión acerca de mi persona, la emití de tal manera, que me admitió en su servicio. No permanecí en él mas que dos meses, porque no nos agradábamos mutuamente: yo tenía mucha hambre, y él hacía las raciones muy pequeñas: agregad á esto, que la única muger que había en la casa era de una condición áspera, y muy fea, y ya conocereis que yo no podía permanecer allí. Ambos á dos parecía que habían formado el culpable proyecto de hacerme enflaquecer; pero yo por mi parte adopté la piadosa resolución de evitarles tan inhumana acción, por no llamarla criminal. Para eso, quitaba los huevos á las gallinas en cuanto ponían; concluía de vaciar cuantas botellas medio llenas caían en mis manos, y para que no lo conociesen, las rompía en seguida: cuantos objetos manducables encontraba al paso, desaparecían al momento. Por manera que decidieron que yo no les convenía, porque multiplicaba demasiado mis servicios: fui pues, despedido una mañana, y recibí por el salario de dos meses trece reales y medio.

Mientras me ajustaban la cuenta, yo hacía mis preparativos de marcha. En la cuadra había dos gallinas con huevos, cogí estos únicamente por costumbre, y para no separar á los hijuelos de su madre, los metí en mi morral. Después de dar al párroco esta prueba de frugalidad en corroboración de mis palabras, fui á recibir de sus manos el dinero, y con el saquillo á la espalda, el palo en la mano, y los ojos humedecidos con el llanto, me despedí de mi respetable bienhechor.

No estaba muy distante de la casa cuando oí gritar de-

tras de mí, ¡al ladrón! ¡detened al ladrón! y sin saber por qué, aquella voz produjo el efecto de acelerar mi marcha: hubiera sido una locura pararme, cuando sabía que aquellos gritos de ningún modo iban dirigidos contra mí. Así es, que dejé á mi cura, ¡me estremezco en pensarlo, después de pasar dos meses en su casa sin beber!.. Y como vos sabéis muy bien, caballero, ¡el tiempo está tan seco! mirad, que se me vuelva veneno este vaso de cerveza, si en toda mi vida he pasado dos meses tan estúpidos como aquellos.

Al decir esto, el gran truhan se bebió el cuarto vaso, y como ya no quedaba nada en el jarro, mandé que trajeran otro.

Después de algunos días de camino tropecé.... ¿á que no adivináis con quién? con una compañía de cómicos ambulantes. En cuanto los divisé desde bien lejos, mi corazón comenzó á palpar con violencia y quería volar hacia ellos. Siempre he tenido un gusto decidido á todo lo que se llama vida vagabunda, y que para mí no es mas que la vida libre. No tenían para conducir su bagage mas que una mulilla que acababa de morir de puro trabajo. Como se acercaba la noche, se pusieron ellos mismos á tirar del carro, hasta un pueblecillo que se hallaba poco distante. Estaban cansados y sin aliento: los ofrecí mis servicios, que aceptaron, y llegué bien pronto á ser amigo suyo, hasta tal punto que me tomaron por criado. Aquello fué para mí un paraíso. Juzgad por vos mismo, caballero, aquellas gentes cantaban, bailaban, comían, bebían y viajaban. Así es, que me pareció que hasta entonces no había conocido la vida; llegué á ser sumamente alegre, y me reía á carcajadas por cualquier palabrilla que se les escapaba. Profesábanme, como yo á ellos, cierto aprecio, y mi figura, que vos estais viendo, caballero, les parecía excelente. Además, aunque yo fuese pobre, no era nada modesto.

Ya os he dicho, caballero, que me gusta la vida nómada tanto como la cerveza. A vuestra salud, caballero, y se bebió el segundo jarro. Aquella vida unas veces mala, otras buena, hoy bulliciosa y mañana silenciosa; esa vida en que se come cuando se puede, y se bebe cuando se encuentra un hombre honrado como vos, caballero, y al frente de un jarro como ese, me era muy agradable. No tardamos mucho en llegar á Tenterden, y alquilamos una espaciosa pieza en la posada del Galgo. Queríamos representar allí á *Romeo y Julieta*, con la ceremonia fúnebre, la escena del sepulcro, del jardín, etc.

El cartel anunciaba que el papel de Romeo sería desempeñado por un artista de Drury-Lane, y el de Julieta por una actriz de relevante mérito, que se presentaba por primera vez en la escena. Por lo que hace á mí, recibí el encargo de despabilar las luces. Todo estaba arreglado muy bien. Habíanse distribuido los papeles, pero faltaban trages. ¿Cómo salir de semejante apuro?... Perfectamente: el vestido que servía á Romeo era encarnado y azul; vuelto del revés servía muy bien para Mercurio. Una larga tira de gasa sirvió á Julieta de vestido y de manto: un mortero con su mano, que se pidió prestado á un boticario que vivía en la vecindad, hizo las veces de campana, y nuestro posadero y toda su familia envueltos en unas sábanas, compusieron la procesion. Por manera que solo tres personas estaban vestidas con un trage acomodado; la nodriza de Julieta, el famélico boticario y yo.

Nuestra representación escitó universales y repetidos

aplausos. El público quedó complacido del talento y habilidad de la compañía. Verdad es, que por nuestra parte habíamos puesto en juego todos los recursos que pueden asegurar el buen éxito á una compañía ambulante: gestos desordenados, estrepitosas detonaciones de voz, y todo lo demas. Porque hablar y obrar en el teatro como en la vida comun, sería querer morir de hambre, puesto que no es eso lo que allí se vé. Un lenguaje natural en las tablas, es como el vino dulce, que destila por el paladar sin que deje gusto en él; pero gritar y gesticular produce el efecto del vinagre que irrita la lengua, y que se siente con mucho placer cuando se bebe: en las ciudades y en las aldeas, es, pues, necesario retorcerse las manos, fruncir las cejas, hacer muchos movimientos al hablar, y asemejarse en fin á un epiléptico.

Como la primera representacion nos valió una reputacion soberbia, era muy natural que yo me atribuyese una parte de aquel buen resultado. Despabilaba las luces, es



Julietta, Romeo y el despabilador.

Verdad, pero sin ellas y sin luces despabiladas ¿qué llegaría á ser la mejor pieza? Por espacio de quince dias continuamos atrayendo á nuestras representaciones una concurrencia numerosa. La vispera de nuestra marcha anunciamos, doblando el precio de las localidades, la mejor comedia de nuestro repertorio. Pero ¡oh calamidad! que fué para mí un manantial de honra y de provecho, el principal papel cayó enfermo: se sintió con calentura, enfermedad triste y dispendiosa, así decia la compañía. Aprovechando yo entonces tan favorable ocasion me ofrecí á reemplazar al enfermo. El caso era desesperado: mi oferta fué aceptada y al momento me tendí sobre un saco con el papel en una mano y un jarro de cerveza en la otra:—Brindo de nuevo por vuestra salud, caballero.—Estudié el carácter que debia desempeñar al dia siguiente, y me persuadí de que el beber ayudaba poderosamente mi memoria. Aprendido mi papel con asombrosa rapidez me despedí para siempre del arte de despabilar las luces. La naturaleza, decia entre mí, debe haberme formado para una profesion mas elevada, sigamos sus nobles inspiraciones. En el ensayo asomé á mis compañeros por la extraordinaria mudanza que observaban en mí.

—Dejad, dejad, les dije, que el enfermo se vaya restableciendo lentamente: las curaciones precipitadas están sujetas á recaídas. Yo desempeñaré su parte con gran satisfaccion del público y ventaja de la compañía. Nuestro camarada puede hasta morir si lo tiene por conveniente, yo haré de modo que su pérdida sea poco sensible. En prueba de mis aserciones, desempeñé mi papel con actitudes magnestuosas y voz sonora: quedaron satisfechos y me aplaudieron.

Al dia siguiente anunciaba el cartel que se presentaría en la escena un famoso actor, y las principales localidades fueron despachadas al momento. Sin embargo, antes de salir al escenario, hice entre mí esta reflexion: puesto que mi nombre sirve para henchir la caja, debo ser admitido á la parte de su contenido. Caballeros, dije dirigiéndome á mis colegas, yo no pretendo arrogarme el derecho de dirigiros y solo me entrometo en lo que me concierne, obrar de otro modo seria una vileza y una ingratitud. Con una bondad estremada habeis fijado mi nombre en el cartel, y no me he opuesto á ello. Ahora que el negocio se presenta bien y que no puede seguir adelante sin mí, quiero probaros mi reconocimiento, pidiéndoos una parte de las utilidades, que iguale á la del primero entre vosotros. De otro modo, os juro que no representaré mi papel y volveré á tomar las despabiladeras como he hecho hasta aquí. La proposicion les pareció tan desagradable como difícil de desechár. Firmaron, pues, una obligacion, y aquella misma noche representé el papel de Bayaceto. Mi frente erguida y altiva estaba cubierta con un trapajo azul en forma de turbante; y mis manos agitaban un asador.

La naturaleza se habia complacido en formarme para el teatro, dándome una voz fuerte y una buena estatura. Así es que en cuanto me presenté fui saludado con aclamaciones. Dirigi una risueña mirada á la concurrencia, y luego la saludé segun costumbre. Como mi papel exigia grande energia, escité mis facultades con tres vasos de aguardiente. (Caballero, el jarro estará bien pronto vacío, y acompañó aquella observacion con el acto mas propio para justificarla). ¡Por Alá!... que mi triunfo fué increíble: Tamerlan á mi lado no era mas que un monigote: aun cuando gritase hasta desgarrarse los pulmones gritaba yo mas todavía, y le aventajaba sobre manera en las actitudes. Por lo general tenia cruzados los brazos sobre el pecho, como se acostumbra en Drury-Lane, y eso es siempre del mejor efecto. Para concluir, caballero, os diré en dos palabras, que ese jarro, inmóvil allí entre vos y yo se secaria antes que tuviese tiempo de enumeraros todas las habilidades que en mí descubrieron. Despues del espectáculo, los gentlemans y las ladys del lugar, fueron á cumplimentarme: unos alababan mi voz y otros mi persona. A fé mia, dijo la muger del baronnet, llegará á ser uno de los mejores actores de Europa. Lo digo, y ya sabeis que soy capaz de juzgar.

Las primeras alabanzas nos son agradables porque las recibimos como un favor. Pero las siguientes, si se multiplican, no las aceptamos ya sino como una deuda que se paga á nuestro mérito. En vez, pues, de dar las gracias, me aplaudia yo mismo interiormente. Nos pidieron que repitiésemos la comedia, y obedecimos: esta vez fui diez veces mas aplaudido que la primera.

Dejamos por fin la escelente y literaria ciudad de Tenterden, y emprendimos varias escursiones por las cerca-

nias. ¡Oh Tenterden!... yo me alejé de tus muros, teatro de mis glorias; con lágrimas en los ojos!... ¡Los habitantes, gentlemen y ladies, conocen profundamente el talento teatral!... (X merecen, caballero, que bebamos á su salud: todavía otro vasito.)

En fin, salimos de Tenterden: ¡pero qué diferencia de mi salida á mi entrada!... ¡Fui allí como despabilador de luces y sali hecho un grandè hombre!... Tal es el mundo, caballero, hoy nada, mañana héroe.

Podría decir mucho mas acerca de los caprichos de la fortuna, pero temo que os acometa el spleen, y á mi tambien por consecuencia de semejantes reflexiones: las omitiré, pues me lo permitis.

—Con mucho gusto, le contesté.

—Cuando llegamos, la compañía vió que sus cálculos no habian sido muy exactos, pues las carreras de caballos, motivo que habia dado lugar á que fuésemos á aquella poblacion, estaban ya terminadas, y por consiguiente la compañía se encontró chasqueada. Sin embargo, adoptamos la generosa resolucion de imponer á los habitantes el doble tributo de dinero y elogios á que por todas partes es acreedor el talento. Allí representé todavía los principales papeles del repertorio, y como en Tenterden, ¡le fué furor. Y ahora creo sinceramente que hubiera llegado á ser el primer actor del mundo, si hubiese cultivado mi talento. Pero sobrevino una maldita helada que abrasó el boton de aquella flor que prometia ser tan hermosa, y volví á caer de mi altura en las estrechas y compactas filas de la vulgar humanidad. Representaba á sir Enrique de Front sauvage (frente salvaje): las damas estaban enamoradas de mí. Con solo sacar la caja del tabaco de mi bolsillo prorumpian en gritos de admiracion y aplausos frenéticos, y cuando movia mi baston creia que las iba á dar alguna convulsion.

Desgraciadamente habia en la poblacion una señora que en otro tiempo habia estado en Lóndres por espacio de siete meses para concluir su educacion. Esta ventaja la inspiraba las mas altas pretensiones de buen gusto, y el indisputable derecho de dar el tono en donde quiera que se hallaba.

Por mi desgracia, la segunda noche la hablaron de mí mérito, que ni ella habia visto ni confirmado. Quedé arruinado. Elogiaronla en extremo al gran actor, y se obstinó en no irle á ver. No puedo, decia, encogiéndose de hombros,

creer que posea tan grandes facultades un cómico ambulante. En seguida pronunciaba en honor de Garrick algunas palabras que habia oido en Lóndres, y dejaba aturdidos y admirados á sus oyentes, con su tono, sus ademanes y su manera de recordar el talento del grande trágico. En fin, á duras penas consiguieron que fuese á verme, y varios apasionados míos me avisaron secretamente la próxima asistencia á mi representacion de tan terrible juez. Con todo, no me intimidé, y sali á desempeñar el papel de sir Enrique, con una mano metida en los bolsillos de los calzones, y la otra en el chaleco, sobre el pecho, como en Drury-Lane. Pero en vez de mirar al célebre actor, todos los espectadores tenian la vista fija en la señora que habia residido siete meses en Lóndres. Aguardaban de ella la decision que debia asegurarme para siempre en su opinion y en la mia, el titulo de grande hombre, ó volver á sumergirme en la infima condicion de comparsa ó de despabilador de luces. Saqué con gracia la caja del bolsillo, y la abrí con magestad: la señora permaneció indiferente, y lo mismo hicieron los demas. Rompí mi baston en las espaldas del alderman monsieur Lafrande; y todos los semblantes quedaron sombríos al ver el aspecto sério de la señora: esta no dió mas señales de vida que lanzar un profundo suspiro, encogiéndose a mismo tiempo de hombros. Entonces ideé el reirme para hacer reir á los demas; ¡trabajo perdido!... ni una sola persona correspondió á mi sonrisa. Comencé á conocer que aquello no marchaba bien. Todas mis acciones fueron desde entonces sin gracia ni soltura: mi risa se asemejaba á los gestos de un hombre que tiene dolor de dientes, y mi falsa alegría descubria claramente la agonía de mi alma. ¿Qué os podré yo decir? la señora que habia vivido siete meses en Lóndres fué á verme para condenarme y fastidiarme. Concluyó mi fama, y ahora soy lo que veis, un cómico sin contrata, sin teatro y sin público. He concluido mi historia, y á propósito. ¿por qué está vacío este jarro?

—No, vuestra historia no está aun concluida, exclamé alargando la mano á aquel hombre, en que todo revelaba un talento superior.

Le llevé á casa de un director de teatros á quien yo conocia. Algunos dias despues hizo su primera salida en un drama de Shakspeare, y aquel pobre saltimbanquis llegó á ser el célebre Juan Felipe Kemble, primer cómico de la Inglaterra y quizá del mundo entero, en el siglo XVIII.

ESTUDIOS DE VIAGES.

LOS INDIOS DEL SENEGAL.

(Conclusion.)

Una cosa muy notable es que en todas las reuniones de los indios, y en medio de sus mayores excesos, casi siempre hay un hombre de cada tribu, y aun de cada familia, que se mantiene en un estado completo de sobriedad para estar prevenido á lo que pueda suceder, y conservar el orden en el caso de que cualquiera tratase de alterarles: sirve á los

demas de guia y de mentor, y vela, sobre todo, por la seguridad de las mugeres y los niños.

En Surinam, como en casi todos los pueblos salvajes, las formalidades y ceremonias que proceden y acompañan á los matrimonios son de una sencillez casi primitiva. He aquí lo que regularmente se hace. Cuando un indio tiene ánimo de tomar á una jóven por muger, principia á llevarla los productos de su pesca y de su caza, ó bien la presenta sus trofeos de guerra, si ha tenido la ocasion de apoderarse de los despojos y el cráneo de algun enemigo. Si la jóven

acepta aquellos regalos, les da una prueba de que consiente en tomarle por dueño y marido. Por la noche, cuando el novio vuelve de la caza, ella le lleva en una cesta el *cuil-pot* ó guiso de pescados: después se vuelve á su cabaña.

Al día siguiente se señala el de la celebración del matrimonio: entretanto, los parientes y amigos procuran proporcionarse abundantes provisiones de pescado y caza para el festín de costumbre. El día prefijado, el joven se dirige á la cabaña de su futura y la dice:

—Te he elegido mi mujer.

Estas palabras bastan, y le sigue al instante. Luego hay un festín á que asiste toda la familia y los amigos, pero en el que los hombres comen siempre los primeros, porque á las mujeres no se las permite hasta que aquellos han concluido. Este uso se observa con tanto rigor que la casada misma nunca come con su marido.

Los indios aman á sus mujeres, y aun son muy celosos: pero son en todo dueños absolutos, y aquellas, como ya hemos visto anteriormente, ocupan con respecto á sus maridos el lugar de verdaderas esclavas. Continuamente están expuestas á sus caprichos y brutalidad: tienen el derecho de repudiarlas y escoger otra si les conviene. La única galantería que el marido suele usar de cuando en cuando con su mujer, es darla en tiempo de guerra una parte de la cabellera del enemigo que ha vencido.

Lo que da á conocer mejor que nada la dureza con que son tratadas las indias, y la indiferencia con que las miran sus maridos, es la costumbre que observan, cuando han llegado á ser madres, de ir al día siguiente con el niño recién nacido al río, para lavarle y lavarse ellas también. Cuando vuelven á la cabaña, el marido se acuesta en su hamaca, y allí recibe las visitas y felicitaciones de todos sus amigos. Su mujer le hace entonces la comida que parte con él. Durante todo este tiempo, el niño permanece desnudo en el suelo, tendido en una esterilla ó una tela de algodón. Si necesita alimento, lo indica con sus movimientos: la madre se acerca para darle el pecho, y algunas veces se echa á su lado.

Si nacen dos gemelos, el padre, según un uso bárbaro consagrado entre los indios, los coloca en una cesta, y los arroja al agua: el que sobrenada debe vivir; el padre se le lleva á la madre, y se tiende en su hamaca como de costumbre. Esta práctica inhumana proviene de la estúpida persuasión en que están los indios de que un hombre no puede tener mas que un hijo; así es, que dejan perecer desapiadadamente al segundo.

Una negra anciana me aseguró que ella misma había salvado de las aguas á una de aquellas desgraciadas víctimas y la había criado con sus demás hijos. Era una niña que ahora se halla en la aldea de Nikeri, en donde está casada con un criollo.

Las indias no dan de mamar á sus hijos mas que ocho ó nueve meses: ni los envuelven ni los mecen jamás. Pretenden, y no sin fundamento, que el primer método impide el desarrollo de las fuerzas; y que el segundo los vuelve estúpidos y de mal humor: lo que es bastante notable es, que entre ellos, así como entre los negros, no se encuentran ni enfermos ni idiotas.

El niño, en cuanto nace es colocado en el suelo, como ya he dicho, y allí, como uada embaraza sus movimientos, desarrolla con libertad sus órganos, y da á sus miembros la

flexibilidad, la fuerza, y la agilidad que después se observa en ellos.

Los indios por lo general se curan á sí mismos en sus dolencias. Sin embargo, se encuentran entre ellos algunos llamados *pagas*, que profesan el arte de curar; pero mas bien son charlatanes ó juglares, que explotan la credulidad de los demás, que se persuaden de que están poseídos del espíritu maligno: para hacerle salir tocan la flauta, como lo vi ejecutar un día con un niño. Aquellos médicos hacen desaparecer al diablo, bailando en derredor de la cabaña del enfermo, con unas especies de calabazas en las manos, con cascabeles, y adornados con plumas. Los que no pueden proporcionarse la asistencia de aquellos extraordinarios médicos, se curan á sí mismos, buscando en los bosques las drogas necesarias. Las mujeres son muy buenas enfermeras: mas de un europeo lo ha experimentado. Emplean con buen resultado al guayaco y el salsafra para la curación de las enfermedades tan comunes en aquel clima: preparan tambien con plantas que ellas solas conocen un excelente jarabe.

Los indios rara vez están enfermos: las únicas indisposiciones á que están mas sujetos, son los dolores de cabeza y las diarreas: para curarse usan remedios muy sencillos.

Es bastante difícil asegurar si estos pueblos tienen ó no alguna religion. Los indios que habitan en la frontera y á lo largo de las costas, á quienes los europeos han dado el nombre de caribes, parece en lo general que son unos verdaderos ateos: porque jamás se ha visto entre ellos templo ni vestigio de ninguna religion. Tampoco se encuentra indicio alguno de idolatria, como en el Perú y en Chile. Entre ellos, los hay, sin embargo, que creen en otra vida y en la metempsicosis, y que piensan que el cielo existe desde toda eternidad, pero que solo han sido creados el mar y la tierra. Hay tambien algunos que conservan acerca del Ser Supremo una tradición, según la cual hizo bajar á su hijo desde el cielo á la tierra para matar una horrible serpiente, que desolaba una parte de la América. Después que el celestial mensajero venció al monstruo, se formaron, según la misma tradición, en las entrañas del animal unos gusanos, de los que cada uno produjo un caribe con su mujer, los cuales fueron los que poblaron la Guayana. La cruel guerra que la serpiente había hecho á las naciones vecinas, la continuaron los caribes que habían salido de ella, y que todos miran como sus enemigos.

En cuanto á los indios del Brasil, adoraban, con el nombre de *toupan*, á cierto espíritu que preside á las tempestades. Cuando oían tronar, siempre estaban poseídos de grande terror, y jamás dejaban de decir prosternándose:

—El Espíritu está encolerizado.

Y procuraban aplacarle haciéndole ofrendas, según algunos vingeros, que por lo demás aseguran no haber encontrado nunca en aquellos pueblos ninguna otra señal de ideas religiosas, porque no tienen en su lenguaje una palabra que espese el nombre de Dios.

El trueno es para los caribes salvajes la Omnipotencia, y creen que á él deben la ciencia de la agricultura. Profesaban tambien un respeto religioso é idolátrico al tamaraca, fruto que se asemeja mucho á una calabaza, y al que hacen grandes honores. Los sacerdotes, al visitar sus tribus, jamás dejan de proveerse de sus tamaracas, que hacen adorar solemnemente, adornándolos con hermosas plumas, y colocándolos en la punta de un palo que clavan en la tierra. Persuaden á

sus oyentes que lleven de comer y de beber á aquellos tamara-
racas, porque les es agradable, y tienen suma complacencia
en ser regalados de aquella manera.

Es bien sabido que cuando Cristóbal Colon llegó á Santo
Domingo los habitantes de aquella isla tenían imágenes llama-
dadas amigos, que miraban como sus dioses tutelares y á
que ofrecían sacrificios. El rey era el sumo pontífice de aque-
lla religion. Adoraban tambien como dioses supremos á To-
roastille, Toomoo, y Tepapa, que segun ellos, habian sido en
un principio peñascos. Admitian además una raza inferior de
dioses, á quienes daban el nombre de catuas, y de los que
dos habian sido padres de los hombres. Tane, hijo del dios
superior y de Tepapa, era mas particularmente invocado por-
que se creia que tomaba una parte infinitamente mayor en
la direccion de los negocios del género humano.

Los caribes de las Antillas tributan un culto extraordina-
rio á los que ellos llaman Maboia.

Dan este nombre á un mal principio á que atribuyen todas
las desgracias que pueden sobrevenirles, es el espíritu del
trueno, de las tempestades, de los eclipses y de las enfermeda-
des. Aquel culto sirve para aplacar al genio, que creen
causa de semejantes calamidades. Si hemos de creerlos, se
los aparece algunas veces con formas extrañas y horrorosas,
unas en el silencio de la noche, y otras en las misteriosas
profundidades de los bosques: perturba con frecuencia su
reposo, y los magulla con sus golpes. Para apaciguar la cólera
de aquel espíritu maléfico, fabrican una especie de figuritas
semejantes á la que ha tomado para visitarlos y atormentar-
los. Se cuelgan aquellas figuras al cuello, y se imaginan que
de ese modo están á cubierto de los ataques de Maboia.

Muchas veces en su singular fanatismo, ó por mejor de-
cir, en su ciega supersticion, se hacen diez veces mas mal
del que pudiera hacerles el supuesto Maboia, porque en ho-
nor suyo se cortan la carne con unos cuchillos, y se estendian
con ayunos prolongados y rigurosos.

Tienen tambien una especie de genios protectores á que
dan el nombre de chemeus, y que miran como sus ángeles
custodios, destinados á velar por ellos en todas las circuns-
tancias de la vida. Cada caribe tiene el suyo. Les ofrecen las
primicias de todas las cosas, los primeros frutos de su cose-
cha, y les hacen ofrendas, que colocan siempre en su honor,
en un rincón de su cabaña, sobre una estera estendida á
manera de mesa en el suelo, alrededor de la cual creen que
los genios invisibles se reúnen para beber y comer. Repre-
sentan á los chemeus bajo la forma de murciélagos.

Los indios son enterrados en su cabaña ó en el mismo
sitio en que mueren. Principian por abrir en la tierra un ho-
yo cuadrado, mientras que un paya baila cerca del cuerpo,
con sus calabazas adornadas con plumas para ahuyentar al
espíritu maligno, y despues de atar al cadáver los codos por
debajo de las rodillas, le envuelven en un saco de tela de al-
godón, con sus armas y provisiones, como si debiese emprender
un largo viaje. Todas estas ceremonias van por lo regula-
r acompañadas de llantos y alaridos de los concurrentes, y
de mil contorsiones que les sirven para espresar su dolor.
Entre ellos se distingue particularmente la viuda, que du-
rante un tiempo bastante largo continúa preparando y lle-
vando al muerto el *quil-pot* y el *chica*. Le coloca sobre su
sepulcro, y dando alaridos y cantando le hace una porción de
preguntas y de cumplimientos, como *rostra risueño, ojos
esplendorosos, hermosa bailarin, el mas valiente, el mas*

*intrepido, el que mas temprano se ponía en píe, y se aco-
taba mas tarde*. Cuando al cabo de algun tiempo se que el
muerto no contesta, abandona aquel fúnebre sitio, de que se
aleja tambien toda la familia, y tomando su partido, procura
consolarse con un segundo marido de la pérdida del primero.

Cuando se llega á esos pueblos, y se ven por primera vez,
cualquiera se inclinaria á mirarlos como muy miserables: pe-
ro reflexionando un poco, no puede menos de convenirse en
que son mas felices que la mayor parte de los europeos. No
conocen el lujo ni aun las comodidades de la vida: son ente-
ramente estraños á cuanto una nacion civilizada presenta de
curioso ó interesante; pero tambien gozan de una libertad
que para ellos es superior á todos los bienes. No conocen
mas dueño que sus deseos, y jamás se ven embarazados para
satisfacerlos. La ambicion y otras mezquinas pasiones de la
sociedad no perturban su existencia.

La corteza de los árboles, las hojas, el algodón y las pie-
les de los animales les sirven de vestido. El maíz, las pata-
tas, bananas, el cazabe, la caza y el pescado, bastan para su
alimento. Algunas veces tambien suelen añadir la carne de
mono, que les parece muy delicada.

La completa ignorancia en que viven estos hombres los
hace sin duda muy inferiores á nosotros, pero no influye en
nada sobre su felicidad, y es muy dudoso que fuesen mas di-
chosos de lo que son, si se llegase á introducir entre ellos
nuestras leyes, nuestros conocimientos y nuestras costum-
bres. Numerosos ejemplos prueban que salvajes que han
tenido ocasion de vivir entre europeos, y aun de conocer las
comodidades y superfluidades de Europa, no han olvidado un
momento su pais natal, y que en cuanto han encontrado una
coyuntura favorable, han regresado al seno de sus compa-
triotas, adoptado nuevamente su vida salvaje, y conceptua-
dose mas felices que lo eran entre nosotros. Ninguna de
nuestras ciudades vale para ellos tanto como el bosque ó la
sábana donde han nacido: no hay fruto alguno de nuestra
civilizacion que no desprecien para su existencia, que podria
resumirse en una sola palabra, que lo es todo para ellos: la
libertad.

Lo mas notable que hay en estos hombres es la grande
fuerza de instinto que poseen. Espuestos sin cesar á mil peli-
gros en su vida errante y salvaje, en lucha frecuente con los
animales de los bosques, aprenden desde muy luego á des-
concertar todas sus astucias. Unas veces es preciso esterminar
al leopardo, ó combatir al leon, y otras, es necesario
hacer la guerra á un crocodilo de los pantanos ó de las sába-
nas. Para todo esto, tienen que disputar el terreno que habi-
tan. Su existencia es una lucha continua, no contra las nece-
sidades de la vida, que pueden satisfacer fácilmente, merced
á la naturaleza rica y opulenta que los rodea, sino contra
los mismos enemigos que pueblan sus soledades, y que se
presentan delante de ellos á cada paso. Asi es, que su vista
se halla mejor ejercitada que la nuestra, sus cuerpos mas
ágiles é infatigables, cuando el peligro lo hace necesario, y su
oído es mucho mas fino y delicado.

Por el ruido que forman las ramas de los árboles de sus
bosques, os dirán si es un mono ó un papagayo el que le pro-
duce, si es una serpiente boa que enrosca sus largos anillos
en los troncos de los árboles, si es un leopardo que los acecha
para tener una presa que regalar á sus hijos, y si es un
crocodilo que ha salido del légamo de sus fangosas lagunas
para devorarlos. Sus ojos distinguen desde muy lejos á un

enemigo. Diríase que olfatean el viento para reconocer el peligro que les amenaza: cuando le han reconocido, no hay mano mas segura para herir á lo que les amenaza. Sus flechas y sus armas le alcanzan indefectiblemente.

Y como ese ejercicio continuo, y esa lucha incesante con los peligros que la naturaleza ha sembrado en derredor suyo, desarrollan necesariamente en ellos sus facultades hasta el mas alto grado, son, á pesar de la indolencia de la vida que hacen bajo otros conceptos, los enemigos mas encarnizados en la guerra. Si se suscita una disension entre dos tribus, es un combate de exterminio, un combate en que se despliega, cuanto el odio y el furor salvaje pueden inventar de mas cruel y atroz. No tienen freno, ni ley humana que los contenga. Se los tomara por boas ó tigres que luchan unos con otros, estrechándose en sus anillos y despedazándose con los dientes y las uñas. No hay nada capaz de dar

una idea de esos terribles encuentros, de esas acciones sangrientas y furibundas, porque ni tienen terreno ni hogares que defender. Sus grandes selvas y sus interminables sabanas son su patria. Si una aldea queda destruida, van á otra parte á desmontar un terreno, y plantar los puntales de su cabaña. La caza y la pesca proveen por todas partes ampliamente á su subsistencia, y los árboles les suministran un alimento abundante.

Despues de haber pintado á los hombres, es necesario dar una idea del pais: para llenar este objeto unimos aquí el dibujo de una cascada, mas allá de Blaawe-Berg. El aspecto agreste del pais pintará al Senegal mucho mejor que todas las descripciones posibles. Explica las singulares costumbres que acabamos de referir, y hace comprender la inmensa necesidad de libertad, ó por mejor decir, de vagancia, que experimentan los naturales del Senegal.



Cascada de Blaawe-Berg.

ESTUDIOS ARTISTICOS.



Miguel Angel y Rafael en el Vaticano, cuadro de Horacio Vernet.

LAS AMARGURAS DE MIGUEL ANGEL.

Miguel Angel dió principio á su carrera artística en la tienda de Ghirlandajo por un rasgo que á nadie podía per-

TOMO VIII.

tenecer sino á él. En lugar de dejarse corregir, como la mayor parte de sus discípulos, corrigió los dibujos de su maestro. Su copia sobrepujaba siempre al original; Ghirlandajo, como hombre superior, en vez de enfadarse por se-

mejante osadía sonrió y animó á su discípulo tributándole nobles alabanzas; pero si el maestro le perdonó sus discípulos le miraban con prevención; y debió comprender al momento que no se puede ser impunemente grande artista á la edad de 15 años.

Un compatriota, un discípulo, un amigo, uno de los mas grandes admiradores del divino Bonarroti (este es el mismo epíteto que él le dá en sus memorias) Benvenuto Cellini en fin, este hombre original y poderoso, que tenia tantos puntos de contacto con el genio y el carácter de Miguel Angel nos revela los misterios de este ciego odio, de esta envidia que le habian profesado en secreto sus condiscipulos.

He aquí la relación testual del platero florentino:

«Por este tiempo (en 1518, treinta años despues del advenimiento; Cellini no tenia mas que 18, y se resentia del ultraje hecho á Miguel Angel); por este tiempo, escribe Benvenuto Cellini, llegó á Florencia un escultor llamado Pedro Torregiano, que venia de Inglaterra donde habia residido muchos años.—Este hombre viendo mis dibujos me dijo: yo he venido á Florencia, porque debo hacer una grande obra para mi rey, el rey de Inglaterra, y no quiero para auxiliarme mas que á mis compatriotas; y como tu manera de trabajar y de dibujar es mas la de un escultor que la de un platero, yo te llevo y te liago á un mismo tiempo sabio y rico.

«Torregiano era un hombre atrevido y orgulloso, de una elevada estatura y de una presencia noble. Su aspecto, sus maneras, su voz sonora, todo este conjunto de cualidades se asemejaban mas con las de un soldado que con las de un artista; su fruncido entrecejo era capaz de asustar á los mas resueltos, y diariamente venia á contarme algunas hazañas contra estos animales de ingleses (testual). Un día hablabamos de Miguel Angel Bonarroti; Torregiano, que tenia en la mano un dibujo que yo acababa de copiar de otro de este grande artista (*il divinum*), me dijo lo siguiente:

«El Bonarroti y yo íbamos á trabajar en nuestra infancia á la iglesia del Carmen, en la capilla de Masaccio, y como tenia la costumbre de burlarse de aquellos que dibujaban con él, un día habiéndome enfadado mas de lo regular, cerfé el puño y le di sobre la cara tan violento puñetazo, que senti romperse bajo mis dedos el hueso y cartilago de la nariz, de tal manera que llevará la señal de este golpe toda su vida.»

«Estas palabras, añade el jóven indignado, me incomodaron de tal manera á mi, que tenia constantemente debajo de mis ojos las obras del divino Miguel Angel, que senti hacia Torregiano un odio tan implacable, que no solamente se me quitaron las ganas de seguirle á Inglaterra, sino que ademas no podia verle, ni hablarle.»

«Noble y generosa cólera! digna á un tiempo del que la inspira y del que la siente! Es verdad que Miguel Angel, acaso sin saberlo, cometia frecuentemente nuevos crímenes que debian atraerle la venganza de sus compañeros, y la envidia de sus maestros; pero el desgraciado niño no podia lograr corregir su genio.

«Un día le dieron á copiar un retrato; terminada la copia la devolvió á quien le habia prestado el retrato, en vez del original. Era, según yo creo, un pintor amigo suyo. Este hombre, aunque inteligente, no sospechó el ardid; júzguese pues, de su confusion cuando llegó á propagarse la anécdota. El rapaz maligno habia ahumado un poco su pintura,

con el objeto de darle aquel aire antiguo que añade tantos quilates al mérito de los cuadros para aquellos que juzgan una pintura segun la fecha, y no segun su valor.

No bien Miguel Angel tuvo el tiempo de comenzar algunos trabajos de escultura, cuando al instante fueron muy apreciados, y hoy todavia se conservan sus primeros ensayos como preciosas reliquias; entre ellos aparecen: un bajo relieve representando el combate de los centauros, una virgen que imita al estilo de Donatello, una estatua del Hércules, segun unos de mármol, segun otros de bronce, que nadie ha visto, á escepcion de sus biógrafos. De pronto Lorenzo el Magnifico, atacado de una enfermedad misteriosa é incurable, concluyó como habia vivido, mas como poeta que como cristiano. Las artes y las letras perdieron un Mecenas; Miguel Angel, mas que un protector, perdió un amigo.

Regresó á casa de su padre lleno de un profundo pesar. A la edad de diez y ocho años veia interrumpida su carrera y que se fugaban sus mejores esperanzas en un solo día.

Pedro de Médicis, el heredero, el sucesor de Lorenzo, comenzó por arrojar en un pozo al médico de su padre; esto mismo prometia á aquellos que permaneciesen al servicio del nuevo príncipe.

Sin embargo, Miguel Angel fué llamado una mañana á la corte: nevaba mucho aquel día, y el hermano de Leon X se habia despertado con grandes proyectos.

—Maestro, dijo al jóven escultor; deseo que me hagas una figura colosal, un gigante que se eleve de pronto y como por encanto sobre lo mas empinado de mi palacio; puesto que mi padre te eligió por su escultor ordinario, tu genio no debe ser inferior á esta tarea. Parte y ponte á trabajar.

—¿Qué materiales son los que escogéis para esta estatua?

—Materiales, respondió Pedro riéndose, ya encontrarás en el patio tantos como desees. Por lo menos habrá sobre tres pies de nieve.

—Ciertamente, dijo Miguel Angel con amargura. Estoy sujeto á vuestro mandato como lo estaba al de vuestro padre; con la diferencia de que éste preferia el mármol á la nieve; pero cada persona tiene su gusto especial, monseñor.

Y añadió por lo bajo al mismo tiempo que se alejaba. A tal príncipe, tal monumento. Pobre talento, cobarde corazón, tu grandeza no durará mucho mas que tu estatua.

Cumplió las órdenes de Pedro con una escrupulosa exactitud, y dejando su coloso antes que un rayo de sol viniese á deshacerle, se retiró á una celda del Espiritu Santo, donde pasaba los días y las noches triste, aislado, llorando á su bienhechor y meditando acerca de los destinos de su pobre patria.

En este retiro austero, rodeado de cadáveres, procedentes de un hospital perteneciente al convento, y á la luz de una lámpara, se entregó Miguel Angel al largo y perseverante estudio de la anatomia, que debia despues constituir su pasión dominante.

Con su scalpelo en la mano, interrogaba los músculos, estudiaba las fibras y el corazón humano. El fruto de sus vigiliat fué un crucifijo de madera del tamaño natural, que regaló al prior del monasterio que le habia proporcionado un asilo, donde al menos pudo trabajar en paz y en quietudes de ninguna especie.



Miguel Angel sacó de un enorme pedazo de mármol, mutilado por Simon Defiesala, una estatua colosal de David. Tenia entonces veinte y cinco años, y ya su carácter absoluto y altanero no podia soportar ninguna observacion. Desdichados de aquellos que se atrevian á indicarle alguna cosa.

El demasiado célebre Soderini, aunque gonfalonero, hizo á su costa la experiencia: este hombre, hábil conocedor y buen político, quiso hacer algunas observaciones acerca del David; la nariz le parecia algo gruesa.

—Eso tiene remedio, ilustrísimo señor, respondió el artista con acento hipócrita. Y habiendo tomado en el hueco de su mano un poco de polvo de mármol, dió dos ó tres golpes con el martillo sin tocar á la estatua.

—En buen hora, exclamó el gonfalonero entusiasmado, este si que es un David. Le habeis dado vida.

—A vos la debe, monseñor.

Después de esto, Maquiavelo, hablando del mismo Soderini, le ha tratado bien en aquellos cuatro versos, donde cuenta que el buen gonfalonero, habiéndose presentado inadvertidamente en la puerta de los infiernos, Pluton le dió con la puerta en las narices, y le dijo: ¿Qué buscas aqui, alma estúpida? Vete al limbo.

Sin embargo, si el pobre gonfalonero era un estúpido, como parece haberlo demostrado la historia, por lo menos no era avaro. Dió cuatrocientos escudos de Florencia á Miguel Angel, y le encargó que pintara al fresco una parte del salon del consejo, siendo Leonardo de Vinci el encargado de la otra mitad.

Leonardo escogió para asunto de su fresco la victoria ganada á Piccinino, general del duque de Milan. Se veia en primer término una reunion de caballeros y una toma de estandartes.

A Miguel Angel le tocó escoger un episodio de la guerra de la toma de Pisa.

Por lo general una batalla, sobre todo en una época en que los soldados iban cubiertos de hierro, ofrecia pocos recursos á un artista que sobresalia pintando al hombre desnudo, pero el genio de Miguel Angel no se detuvo por tan poca cosa.

Un incidente, que para otro pintor hubiera pasado desapercibido, inspiró repentinamente las ideas del grande artista, y compuso su carton.

Acometidos de un calor sofocante, los soldados florentinos se bañan en el Arno, cuando los pisanos verifican una salida de repente. El enemigo aparece, gritan á las armas, se apresura la multitud: los unos medio desnudos salen con sus espadas en las manos; los otros con esfuerzos inútiles se apresuran á introducir sus vestidos en los miembros mojados, toca el tambor; la impaciencia, la desesperacion se pintan en las facciones de aquellos desgraciados militares que no pueden agruparse bajo su bandera. La aparicion de esta obra maestra produjo en los artistas de aquella época una admiracion profunda, y de todos los puntos de Italia vinieron á admirar, copiar y estudiar á competencia esta obra. San Gallo, Ghirlandajo, Granani, Andrés del Sarto, San Jovino, el Roso, Perin del Vaga, todos cuantos estaban alli entonces, niños ó viejos, maestros ó discípulos, se inclinaron silenciosamente delante del soberano artista que con un paso de gigante, atravesó la carrera hasta llegar á los últimos limites de lo sublime, al extremo de lo cual dijo Dios al arte: «De aqui no pasarás.»

Pero dejemos hablar á Benvenuto Cellini, porque en ocasion de este mismo dibujo, copiado por él como por los demás, fué cuando el bárbaro Torregiano juzgó á propósito jactarse con su horrible anécdota.

«Mientras el carton subsistió, dice testualmente Cellini en sus Memorias, fué la escuela del mundo; y aunque el divino Miguel Angel hizo después la capilla grande del papa Julio, no tuvo jamás la mitad del talento que mostró en esta obra maestra.»

Este era el momento de asesinar á Miguel Angel.

Hay mas todavía; el odio tiene sus cálculos atroces y les envia mil diabólicas inspiraciones. Se perdonó al artista, pero la obra pagó por él: tarde ó temprano sucumbe el hombre, pero sus obras eran inmortales.

El año 1512, en medio de la conmocion, en el momento que la república espiraba, cuando los Médicis volvian á entrar como vencedores, Bascio Bandinelli, de cobarde y execrable memoria, se escurrió á paso de lobo, traidoramente, con un puñal en la mano, en el salon donde estaba espuesta la obra maestra, y en tanto que en la calle se degollaba al pueblo, el miserable, ladrón y asesino á un tiempo, atravesó repetidas veces con su puñal el carton, le convirtió en pedazos, y pisoteó en seguida lo demás.

Apénas Julio II se sentó en la silla de San Pedro, llamó á Miguel Angel. Tal artista era digno de comprender á tal padre santo.

Julio II estuvo reflexionando muchos meses acerca de la obra en que podria emplear al grande escultor del siglo, la ambicion del papa no conocia limites. Su sed de gloria y de grandeza era insaciable. Olvidando acaso la palabra de Dios: *Regnum meum non est de hoc mundo*, se puso á sonar la inmortalidad sobre la tierra y desde entonces su eleccion no fué dudosa.

Mandó llamar al artista, y le habló del modo siguiente, cuando le tuvo en su presencia.

—Si tú fueras el encargado de hacer una tumba para Julio II, cuál seria tu dibujo para semejante monumento?

—Quisiera, respondió Miguel Angel después de haber reflexionado un instante, que la grandeza de la tumba correspondiese á la grandeza del pontifice que la encargaba. La forma general del monumento seria un paralelogramo de treinta pies de longitud sobre quince de latitud. Su altura no excederia lo menos de treinta pies: cuarenta estatuas, sin contar los bajos relieves, enriquecerian el mausoleo, coronado por un grupo de figuras representando la apoteosis de vuestra santidad. Cuatro victorias, dos bajo la forma femenina, otras dos bajo la varonil, serian colocadas á los dos lados del monumento, hollando con sus pies los esclavos ó los rebeldes: diez y seis estatuas de siete á ocho pies de altura representarian las provincias vencidas ó las virtudes cautivas, encadenadas á la tumba de aquel que durante su vida domó el orgullo de las primeras é hizo la gloria de las segundas. Ocho colosos de diez á doce pies de altura adornarian la parte superior de la cornisa, y últimamente se entraria en la parte interior del túmulo por dos puertas laterales, hallándose en su centro una rotonda, donde apareceria colocado el sarcófago.

El papa escuchaba en silencio y miraba fijamente al artista, inspirado por la elevacion del asunto, y se ocupaba con la mayor serenidad de los pormenores de este palacio mortuorio, sin cuidarse de los pensamientos lúgubres y

sombrios que derramaba en el corazón del anciano que debía habitarle.

Los que conocen el carácter italiano y la aversión instintiva que tienen en este país a la muerte y a las ideas que trae consigo, pueden comprender fácilmente lo que tenía de magistoso y original la conversacion de estos dos hombres, el uno mandando fabricar su tumba, y el otro explicando con esmero los detalles mas insignificantes.

Cuando el escultor hubo terminado, Julio II no hizo mas que esta observacion:

—¿Dónde colocaremos este grande monumento?

—Ya lo he pensado, replicó Miguel Angel. Vuestra tumba, tal como yo la he concebido, no cabria en el antiguo San Pedro; pero tenemos la *Tribuna*, cuyos cimientos mandó fabricar Nicolás V; remataré la nueva iglesia segun los dibujos de Horeslino, y la capilla será digna de la tumba.

—¿Y cuánto podrá costar esta nueva construccion?

—Cien mil escudos, poco mas ó menos.

—Dioscientos mil serán necesarios, respondió el papa.

—¿Cuándo puedo yo partir para Carrara?

—En este momento, y no te olvides de dirigirte á mi sin intermediario, siempre que tengas precision de hablarme. Adios, Miguel Angel, tú me has comprendido.

No trataremos de dar á nuestros lectores una idea de la alegría que debió experimentar Miguel Angel al salir del Vaticano. Los que tienen el sentimiento de lo bello, de lo sublime en las artes; aquellos que han gemido mucho tiempo bajo la opresion de una idea constante, cuya realizacion no depende mas que de sus fuerzas, aquellos que han concebido en la fiebre de su imaginacion ó en el delirio de lo divino un proyecto inmenso, gigantesco, imposible, y que ven de un golpe que se allanan todos los obstáculos, que el pensamiento toma cuerpo, que la imposibilidad retrocede, estos solamente podrán comprender lo que pasaba en el alma del artista en este momento inspirado y supremo; mientras que un pueblo de obreros, puesto bajo sus órdenes, sacaba los mas bellos mármoles de las entrañas de Carrara, Miguel Angel, silencioso, pensativo, rodeado de imágenes gigantescas, permanecia de pie sobre una grande roca aislada que sobresalía del mar.

¿Por qué no taladraré yo esta roca? se decia en medio del enagenamiento de su ardiente imaginacion. ¿Por qué no habia yo de taladrar con mi cincel los flancos de la montaña? Bajo mis manos la roca se convertiria en un coloso que asustaria de lejos á los navegantes, mi nombre se grabaria sobre el granito en caracteres indelebles, mi obra y yo seriamos eternos como la obra de Dios. ¡Pero paciencia! Yo tambien tendré bien pronto mis montañas de mármol y bajo mi mano poderosa surgirá una creacion grandiosa y sobrenatural. Yo no tendré mas que decir: Vivid, y vivirán.

Vé, pobre hombre, méctete en tu desvario. Eleva tu Babel hasta las nubes, y mientras que en tu orgullo insensato te supones igual á Dios, un reptil, un insecto, menos aun, el último de los cortesanos ha herido tu obra en el corazón y todo se ha desvanecido como el humo.

Jamás conocistes las intrigas, maestro; el genio es algo, pero el saberlo ser es el todo en el mundo. La vanidad, la rectitud, el honor, son de seguro excelentes cualidades, pero obtienen un éxito mediano entre cierta clase de hombres. El que sube mas alto es el que mas pronto viene

abajo: *Qui se humiliat, exaltabitur*. ¿Has olvidado ya la palabra del Evangelio?

Abandona, pues, tus proyectos y tus delirios; tus montañas esculpidas y tus palacios fantásticos. Bastante has mirado el cielo y el mar. Vete á tu taller, maestro; el papa te ha perdido.

La plaza de San Pedro estaba obstruida casi cubierta de enormes pedazos de mármol, trasportados del Carrara. El último desembarque se habia verificado en las márgenes del Tiber, y Miguel Angel, que vivia por costumbre en el mas completo aislamiento, ignorante de lo que acababa de pasar en la corte durante su ausencia, entró en el Vaticano para pedir el dinero que debía pagar á los marineros.

Le respondieron que su santidad no estaba visible.

Algunos dias despues fué de nuevo á ver al papa.

Al atravesar la antecámara, un criado se interpone á su paso y le dice que no puede entrar.

—Desgraciado, ¿sabes á quién hablas? esclama un poco de lado que conoció á Miguel Angel.

—Lo sé muy bien, respondió con descaro el criado; pero tengo mis órdenes.

—Está bien, respondió entonces el artista indignado, cuando el papa me mande llamar, le direis que me he ido, para no volver jamás.

Una hora despues partia para Florencia; pero Julio II no era hombre que dejaba que se ausentara un artista que consideraba sujeto á su servicio.

Habiendo sabido la contestacion de Miguel Angel, su marcha estalló la cólera del papa. Cinco postas por diferentes puntos partieron á galope para traer al fugitivo. Viendo que las súplicas no servian de nada, los mensajeros de Julio quisieron emplear la fuerza; pero Miguel Angel, echando mano á sus armas, esclama con voz terrible:

—Si adelantais un paso mas, os mato.

Los mensajeros intimidados dejaron que Miguel Angel continuara su camino.

El furor del papa llegó á su colmo; amenazó entrar en Florencia á sangre y fuego si no le devolvian su escultor. Soderini recibió tres bulas apostólicas en tres dias: en la primera prometia indultar al artista; en la segunda declaraba la guerra á la república; y en la tercera anunciaba que si Miguel Angel no comparecia en Roma en el término de veinte y cuatro horas, todos los florentinos serian escomulgados.

—¿Quieres perdernos á todos? decia el pobre gonfaloniero temblando de miedo.

—¡Ah! ¡ah! respondió Miguel Angel, así aprenderá á no cerrarme su puerta.

—Pero yo no puedo consentir que permanezcas aqui mas tiempo, desgraciado.

—Pues bien: me iré al lado del gran turco.

—¿Del gran turco?

—Si, estoy seguro que me tratará mejor. Además sé que tiene intenciones de construir un puente desde Constantinopla á Pera, para lo cual me ha hecho magníficas proposiciones.

—Vete aunque sea al lado del diablo si quieres; pero libéranos de la cólera del papa.

No obstante, Julio II, sosteniendo su palabra, se adelantaba á la cabeza de un ejército. Tomó á Bolonia y mostró una grande alegría por su victoria. Miguel Angel, ya ab-

riendo entonces de parecer, entró en la ciudad conquistada y se presentó al papa.

Julio II estaba en la mesa del palacio de los Diez y Seis, donde se alojaba provisionalmente, cuando le anunciaron la llegada del escultor. Mandó que le introdujesen, y no pudiendo ya contener su cólera á la vista del rebelde, exclamó con voz alterada:

—Debias haber venido á buscarnos, y has esperado, por el contrario, que nosotros vayamos en busca tuya.

Miguel Angel se hincó de rodillas: pero á pesar de esta actitud sumisa y respetuosa, se leía en sus facciones, mas bien el orgullo que el arrepentimiento. Sombrio, mudo, fruncido el entrecejo, parecia decirle al papa: *Non homini, sed Petro.*

Todos los testigos de esta escena temblaron por el pobre escultor; pero como conocian el carácter violento de su santidad, nadie se determinó á tomar la palabra. Solamente el cardenal Soderini, digno hermano del gonfalonero, queriendo conjurar la tormenta, comenzó á presentar las excusas del artista.

—Santo padre, perdonad á este hombre, pues no sabia lo que se hacia: los artistas, cuando los retiran de su arte, obran asi... Si ha pecado, es por error, por ignorancia.

Julio II no pudo contenerse, y dando un bastonazo al cardenal, exclamó con voz de trueno:

—¡Cómo, desgraciado, te atreves á injuriar á mi escultor! Tú eres el ignorante y el pecador, quitate de mi vista.

Los que presenciaron esta escena temblaban de miedo, y como el pobre prelado confuso y aturrido permanecia inmóvil en su puesto:

—Arrojad á este indiscreto por un balcón, exclamó el papa exasperado.

Los criados tuvieron mucho que trabajar para poner en la puerta á su eminencia.

Como se ve, los Soderini eran perseguidos por la desgracia.

Aquella misma noche, Julio II y Miguel Angel eran los mejores amigos del mundo: estos dos hombres se comprendian á las mil maravillas: era necesario tal obrero para tal maestro. El papa permaneció allí algun tiempo para dejar sacar su retrato, y partió para Roma rogando al escultor que fuese á buscarle, no bien su estatua estuviese concluida.

—Pensad, Miguel Angel, que os espera mi tumba.

Tales fueron las últimas palabras de su santidad.

Miguel Angel empleó diez y seis meses en esta estatua colosal: quince mas de los que sus enemigos necesitaban para renovar sordamente sus intrigas. Esta vez estaba Bramante á la cabeza, y entre el número de los rivales que se oponian á Miguel Angel estaba á Rafael.

Dichosamente para nuestro artista, Julio II tenia la misma preocupacion con sus amistades que con sus antipatias. Por mas que se esforzaron en pintar á Miguel Angel bajo el peor aspecto, él se obstinó en concederle su favor. Los celos y el odio torpe de estos hombres sirvieron mil veces mas á Miguel Angel, que la amistad mas franca y el mas generoso sacrificio.

Los cortesanos no se dieron por derrotados, y cambiando de pronto de táctica, en vez de criticar al enemigo co-

mun, comenzaron á alabarle desmedidamente: solo que estos elogios eran mas pífidos y mas venenosos que los calumnias. Miguel Angel era un gran escultor, ellos le ensalzaron como pintor. Este ardid tan copocido ha surtido su efecto en todo tiempo, y Miguel Angel llevó el golpe como de costumbre. No perdió jamás la gracia del papa, pero el papa se olvidó de su sepulcro.

II.

El advenimiento de Leon X señala una época de trabajos estériles, de amargos disgustos, de sordas persecuciones en la vida de Miguel Angel. Estaba escrito que el destino de este grande hombre se estrellaria de tiempo en tiempo, como un torrente sobre la roca para rebotar despues mas impetuoso y fiero. Durante el espacio de nueve años consecutivos no oimos hablar de Miguel Angel, sino en una ocasion en que honra su alma de artista y sus sentimientos de ciudadano.

La academia de Florencia envió diputados á Leon X, suplicándole devolviese á su patria las cenizas de Dante Alighieri, el augusto y desgraciado desterrado que dos siglos antes habia exalado en Rávena su postrimer suspiro.

En sus dias de obligatoria inaccion y de sombría tristeza, Miguel Angel leia los cantos del poeta florentino, trazando al margen con la pluma todos los asuntos que herian su imaginacion. Admirable obra maestra, que hoy tendria un precio inestimable, si no hubiese perecido en el mar.

¡Quién mejor que Miguel Angel seria digno de ilustrar y traducir al Dante!

Cuando supo el paso que iba á darse cerca del pontificado, se conmovió el artista, y con un generoso arranque, con una viva y ardiente simpatia se asoció á esta obra de reparacion y de justicia.

Leemos al pie de la súplica original, que existe todavía en los archivos de Florencia, estas nobles palabras:

«Yo, Miguel Angel, escultor, dirijo la misma súplica á vuestra santidad, ofreciendo hacer al divino poeta una tumba digna de él.»

¡Ay! ¿será preciso maldecir á Leon X, al Mecenas tan célebre, que dió su nombre al siglo, por no haber aceptado la oferta del escultor, y por haber privado al mundo de este monumento?

Por la misma época estalló aquella disension tristemente célebre entre Rafael y Miguel Angel, los dos primeros genios de su siglo, discusion enfadosa y desagradable bajo todos conceptos, y cuya responsabilidad recae sobre aquellas medianas inteligencias y envidiosas que se deslizaban, no se sabe como, en la intimidad de los grandes artistas para lisongear sus pasiones y envenenar sus resentimientos.

Mientras tanto murió Leon X envenenado. Las artes, las letras perdieron un protector. Durante el tiempo de su poder, el papa florentino se mostró constantemente hostil á su compatriota. Adriano VI, flamenco de origen, sucedió á Leon; lo cual fué peor para nuestro artista. El nuevo papa tuvo la singular idea de hacer echar abajo la techumbre de la Sixtina, bajo pretexto de que se asemejaba mas á un baño público que á una bóveda de iglesia.

Hasta se agitó la cuestion de hacer comparecer á Miguel Angel ante la justicia, con motivo de la tumba de Julio II, por la cual, habia tomado cantidades anticipadas y no se

había dado prisa en terminarla. El escultor, estremeciéndose de rabia, quiso acudir á Roma; pero el cardenal de Médicis, que llegó á ser pronto Clemente VII, le exhortó á tener paciencia, mandándole edificar entretanto, la biblioteca y la sacristía de San Lorenzo; las dos primeras obras arquitectónicas ejecutadas por Miguel Angel. Tenía entonces 40 años.

Sin embargo, el duque de Urbino, sobrino de Julio II, encontrando los procedimientos judiciales demasiado lentos, empleó el medio mas espedito para obligar á Miguel Angel á emprender nuevamente el monumento de su tío. Le amenazó, como era costumbre en aquellos tiempos, de darle una puñalada si no se mostraba dócil á su mandato. Se vé que el buen duque de Urbino entendia los negocios á las mil maravillas.

Clemente VII, elevado á la Sede apostólica, para desesperacion de Benvenuto Cellini, habiendo llamado á Miguel Angel, le dió un consejo que haria honor á un jurisconsulto.

—Querido Bonarroti, le dijo el papa al oído, en lugar de defenderos, mejor será que ataqueis á los herederos de Julio II. Es verdad que vos habeis recibido dinero anticipado, pero, al precio que se pagan hoy vuestras estatuas, la cantidad que habeis tomado no satisface los trabajos que habeis hecho. Citadlos á los tribunales, y de deudores os convertireis en acreedores.

—Quiero mejor terminar el monumento, respondió secamente el artista; y regresó inmediatamente á Florencia.

Ya todo el mundo habia tomado las armas; una horda de bandidos, reclutada de todos los puntos de Europa, cayó sobre la ciudad eterna, y Cellini se lisonjea de haber dado muerte al condestable de Borbon, jefe de aquel ejército de vándalos.

Sin embargo, Florencia, por un esfuerzo desesperado y supremo, sacudió por última vez el yugo de los Médicis. Se reunieron para deliberar acerca de la forma del nuevo gobierno, y entonces fué cuando en el seno del consejo estalló aquella mocion, de que no tiene ejemplar la historia.

Se propuso nombrar á Jesucristo rey de Florencia.

El nuevo rey logró, como era de presumir una grande mayoría; pero no obstante, por una oposicion sistemática que hace grande honor á la minoría de aquellos tiempos, se encontraron en la urna del escrutinio veinte bolas negras.

Jesucristo, fué en su consecuencia proclamado rey de Florencia, y se le inscribió al instante sobre las banderas de la república:

Jesus Christus, rex Florentini populi, S. P. decreto electus

Entonces comenzó aquel admirable sitio, sostenido por trece mil hombres, contra un ejército que contaba mas de treinta y cuatro mil: el pueblo se defendió heroicamente por espacio de once meses: ocho mil sitiados perecieron en la brecha; pero estos mataron al papa catorce mil soldados.

Miguel Angel no titubeó entre el pueblo y la familia de sus bienhechores. Nombrado miembro del Comité de los Nueve y jefe de las fortificaciones de la ciudad, hizo la torre de los Baluartes, y declaró que si no se tomaban las medidas mas enérgicas, los Médicis entrarian en el momento que quisieran. Pero el partido de los nobles, que meditaba ya sin duda la rendicion de Florencia, aparentó en-

contrar sus precauciones excesivas, y acusó al grande artista de cobarde y medroso.

Miguel Angel, no pudiendo tolerar este ultraje, hizo que le abriesen una puerta y se retiró á Venecia, como en otro tiempo el héroe de Homero á su tienda.

Los enviados de Florencia no tardaron en alcanzarle, y le hallaron, como siempre, triste, austero, pensador, en el centro de una de las calles mas aisladas de la Giudena. Le rodearon y le suplicaron que olvidase todos los resentimientos que tuviera contra el gobierno provisional, en nombre de la libertad y de la patria. Miguel Angel quiso en vano resistir; cedió, y de regreso á Florencia volvió á tomar el cargo de general y de estrategista, poniéndose á la cabeza de los defensores de la ciudad.

Pero ya era tarde; la última hora de la independencia italiana habia sonado. Carlos V habia puesto su espada en la balanza; la artillería no interrumpia sus frecuentes disparos, tanto de dia como de noche; los ancianos y las mugeres, minados por los sufrimientos, diezmados por el hambre, cubiertos de cenizas y de duelo, se reunian en las plazas ó se prosternaban en las iglesias, jurando á Dios morir antes que rendirse.

Miguel Angel se atrincheró en el campanario de San Miniato; dos cañones asestados contra los sitiadores y disparando sin cesar, advirtieron al enemigo; Miguel Angel, sobre todo al observar este ataque insensato, y desde lo alto del entablamiento de la torre hizo poner costales de lana que amortiguaban los tiros y preservaban al monumento del furor de aquellos vándalos. Con efecto, si Florencia se hubiese podido salvar, solo Miguel Angel hubiera tenido esta gloria. Ya su firmeza, su ánimo, los recursos de su vasto genio reanimaban la esperanza de los sitiados.

De repente se oyeron en las calles gritos de alarmallanto de mugeres y las imprecaciones de los soldados. Mas latesta estaba vendido á los Médicis, y el infame valonilhavia entregado su patria.

La capitulacion que abrió las puertas á los señores de Florencia prometia una amnistia general, y véase como los Médicis cumplieron su palabra. Seis de los mas ilustres ciudadanos fueron degollados públicamente. Los otros fueron condenados á la deportacion ó al destierro. Registróse la habitacion de Miguel Angel, desde los cimientos hasta el último desvan; pero el artista habia desaparecido. Refugiado segun unos, en casa de un amigo, oculto segun otros en el campanario de San Nicolas del Arno, hizo perder la pista á los sabuesos de los Médicis.

Mas esta vez el juez se inclinó ante el culpable. Hicieronle todo género de ofrecimientos á condicion de que volviese á tomar sus cinceles y se ocupara sin levantar mano de los monumentos de Julio II y de Lorenzo de Médicis.

A su llegada á Roma, esperaba á Miguel Angel un nuevo proceso; pues los procuradores del duque de Urbino, con aquella tenacidad que siempre ha caracterizado á los curiales de todos tiempos y de todos los paises, le obligaban á que tornase á emprender la tumba. Clemente VII por su parte, que tenia derecho á exigir que no hubiese allí mas voluntad que la suya, prometió en silencio que los procuradores no conseguirian su objeto; pero Miguel Angel, que en puridad de verdad, tenia mas ganas de terminar el monumento que caer en las manos del duque Alejandro, su

arregló con los procuradores, es decir, que pasó por todo lo que ellos quisieron, y se puso á trabajar sin descanso en la tumba de Julio II.

El dibujo de este mausoleo, que debía ser en un principio el mas grande monumento de este género que los hombres hubiesen visto jamás, quedó reducido á una simple fachada de mármol, pegada á las paredes de la iglesia de San Pedro de los Lazos.

Pero por una de aquellas fatalidades tan frecuentes en la historia de las artes y en la vida de los artistas, las influencias divinas y humanas vinieron á oponerse á la terminación de esta tumba, y de este gran proyecto; la única estatua verdaderamente digna de Miguel Angel que nos queda es la de Moisés.

Entrad en la iglesia de San Pietro in Vincoli, solo, á la caída de la tarde; contemplad á la luz dudosa del crepúsculo aquella aparición sobrehumana, y experimentaréis uno de aquellos espantos hiperbólicos que produce sobre una imaginación febril la lectura del Apocalipsis.

El semidios está sentado como magestad olímpica. Uno de sus brazos, está apoyado sobre la tabla de la ley, el otro, colocado hácia delante con la soberbia indiferencia de un hombre que no tiene necesidad mas que de arrugar un poco el entrecejo para hacerse obedecer de la multitud. Una barba espesa y secular, cae magestuosa y respetable cubriendo su ancho pecho á manera de un torrente que se desborda. El carácter agreste y primitivo de este gran pastor de los pueblos, aparece de una manera maravillosa en cada músculo de su cuerpo, en cada pliegue de su vestido.

Mientras que Miguel Angel trabajaba en su Moisés, Clemente VII, á ejemplo de Julio II, no le dejó tranquilo un solo instante.

—Mas un dia anunciaron á Miguel Angel que no recibiría mas á su visita diaria... Clemente VII habia muerto, y el artista respiró justamente todo el tiempo que duró el cónclave.

El nuevo papa Paulo III, lo primero que hizo fué presentarse en el taller de Bonarroti, seguido pomposamente de diez cardenales.

—Maestro Bonarroti, dijo el santo padre, espero que de aqui en adelante trabajareis para mí.

—Dígnese dispensarme vuestra santidad, respondió Miguel Angel; pero acabo de firmar un contrato con el duque de Urbino, que me obliga á terminar la tumba del papa Julio II.

—Cómo! exclamó Paulo III. Hace treinta años que he estado alimentando este deseo, y ahora, que soy papa, ¿no podré satisfacerle?

—¿Pero, y el contrato, santo padre?

—Vamos, vamos, yo tomo por mi cuenta este negocio, dijo el papa. Tú no harás mas que tres estatuas, y los otros escultores se encargarán de lo restante, y yo respondo del consentimiento de Urbino. Y ahora, maestro, á la Sixtina; hay allí un gran vacío que llenar.

—¿Qué podía responder Miguel Angel á una voluntad tan positiva, y expresada de un modo tan enérgico? Concluyó lo mejor que pudo las dos estatuas de la Vida activa, y de la Vida contemplativa; la Raquel; y no queriendo sacar provecho del nuevo contrato, que se le obligaba á hacer, depositó mil quinientos noventa ducados sobre los cuatro mil que habia recibido, para satisfacer con sus propios be-

neficios, el precio de los trabajos confiados á otros artistas.

Habiendo terminado así este negocio que le habia causado tantos disgustos, pudo por fin Miguel Angel ocuparse exclusivamente de la ejecución de su Juicio final, en el cual empleó cerca de nueve años.

Este grandioso y único cuadro, donde la figura humana aparece representada con todas las actitudes posibles, donde todos los sentimientos, todas las pasiones, existen bajo una representación inimitable, no ha tenido hasta hoy ni tendrá jamás compañero en el dominio de las artes.

Esta vez, el genio de Miguel Angel llegó á lo infinito. El asunto de esta vasta composición, la manera con que está concebida y ejecutada, la admirable variedad y la sabia disposición de los grupos, el contraste inimitable y la firmeza de los contornos, el contraste de la luz y de las sombras las dificultades, yo diría casi las imposibilidades, vencidas á manera de juego y con una felicidad que llega á lo prodigioso, la unidad, el conjunto, la perfección de los detalles, hacen del Juicio final la obra mas completa y el cuadro mas grande que existe en el mundo. Este es ancho y grandioso como efecto, y sin embargo, cada parte de esta prodigiosa pintura gana infinitamente, cuando se observa y se estudia de cerca, no conociéndose el cuadro de caballete trabajado con tal paciencia y terminado con tan maravillosa perfección.

Esta obra inmensa fué espuesta al público el dia de Natividad de 1544. Costó mas de ocho años de trabajo. Miguel Angel tenia entonces sesenta y siete años.

Muchas anécdotas se cuentan con respecto á este gran cuadro.

Se refiere que el papa, escandalizado de la desnudez de ciertas figuras, desnudez que fué encargada de cubrir mas adelante Daniel de Volterra, mandó decir á Miguel Angel que tenia que cubrirla.

Miguel Angel respondió con su habitual aspereza.

—Decid al papa que se ocupe menos de corregir mis pinturas, lo que le será muy fácil, y que se ocupe mas de reformar á los hombres, lo que le será muy difícil.

Se dice tambien, que Biagio, maestro de ceremonias de Paulo III, habiendo acompañado al papa en una visita que su santidad quiso hacer á los frescos de Miguel Angel cuando estaban aun medio terminados, se permitió decir tambien su opinion acerca del cuadro del Juicio.

—Santo padre, dijo el buen Biagio, si he de daros mi opinion, este cuadro me parece mas digno de figurar en una taberna, que en la capilla de un papa.

Desgraciadamente para el maestro de ceremonias, Miguel Angel estaba detrás y oyó todo cuanto habia dicho Biagio; y apenas hubo salido el papa, cuando el artista irritado, queriendo hacer un ejemplar que escarmentase para siempre á los criticos, colocó exacta y fielmente el retrato de Biagio bajo el disfraz poco lisonjero de Midas. Esta era siempre la conducta de Dante, el cual cuando tenía que vengarse de alguno de sus enemigos, le condenaba á su autoridad privada.

Queda á la consideracion de nuestros lectores las sentencias quejas del pobre maestro de ceremonias cuando se vio condenado de esta suerte. Se echó á los pies del papa declarando que no se levantaria mientras que su santidad no le sacara del infierno; esto era lo mas urgente y en quan-

to al castigo que merecía el pintor por este sacrilegio, Biagio lo dejaba encomendado á la alta imparcialidad del santo padre.

—Biagio, respondió Paulo III con toda la gravedad que pudo guardar, ya sabéis que he recibido de Dios un poder absoluto en el cielo y sobre la tierra, pero no puedo hacer nada en el infierno y por lo tanto quedaos en él.

Ya hemos hablado de la antipatía de Miguel Angel y de su desprecio hácia la pintura al oleo. Sabemos que habia hecho para Alfonso, duque de Ferrara, un cuadro representando los amores de Leda. Cuando se trató de fortificar á Florencia, Miguel Angel fué enviado á Ferrara para que estudiase allí el plan de las fortificaciones de esta ciudad.

Alfonso le recibió con los mas grandes testimonios de deferencia y de estimacion; le mostró los trabajos, y habló largo tiempo con él de fuertes, baluartes y de táctica militar; pero en el momento en que el artista quiso despedirse:

—Sois mi prisionero; exclamó el duque riéndose, y yo cometeré un error demasiado grande si os dejo partir sin obtener vuestra promesa formal de que hareis alguna cosa para mi; sea estatua ó cuadro, poco importa, con tal de que la obra proceda de las manos de Miguel Angel. Solamente á este precio obtendreis vuestra libertad.

Miguel Angel lo prometió; pero cuando un ayudante

de campo del duque Alfonso vino á reclamar la promesa de parte de su señor lo hizo con tan poca destreza, que el artista indignado de su ineptitud, le despidió con sequedad sin querer darle nada.

El enviado del duque, mejor soldado aparentemente que conocedor, dijo viendo el cuadro:

—¡Cómo! ¿no es mas que eso?

Y tal vez, añadió por lo bajo: no valia la pena de reñirme por tan poca cosa.

—¿Cuál es vuestro estado? preguntó muy sério Miguel Angel.

—Soy comerciante, respondió el cortesano queriendo decir una agudeza; esto era un sarcasmo dirigido á los florentinos, célebres en todos los tiempos por su comercio.

—Bien; habeis hecho aqui un mal negocio para vuestro patron; marchaos como habeis venido.

Después, volviéndose hácia uno de los muchachos del taller llamado Antonio Nini, le dijo:

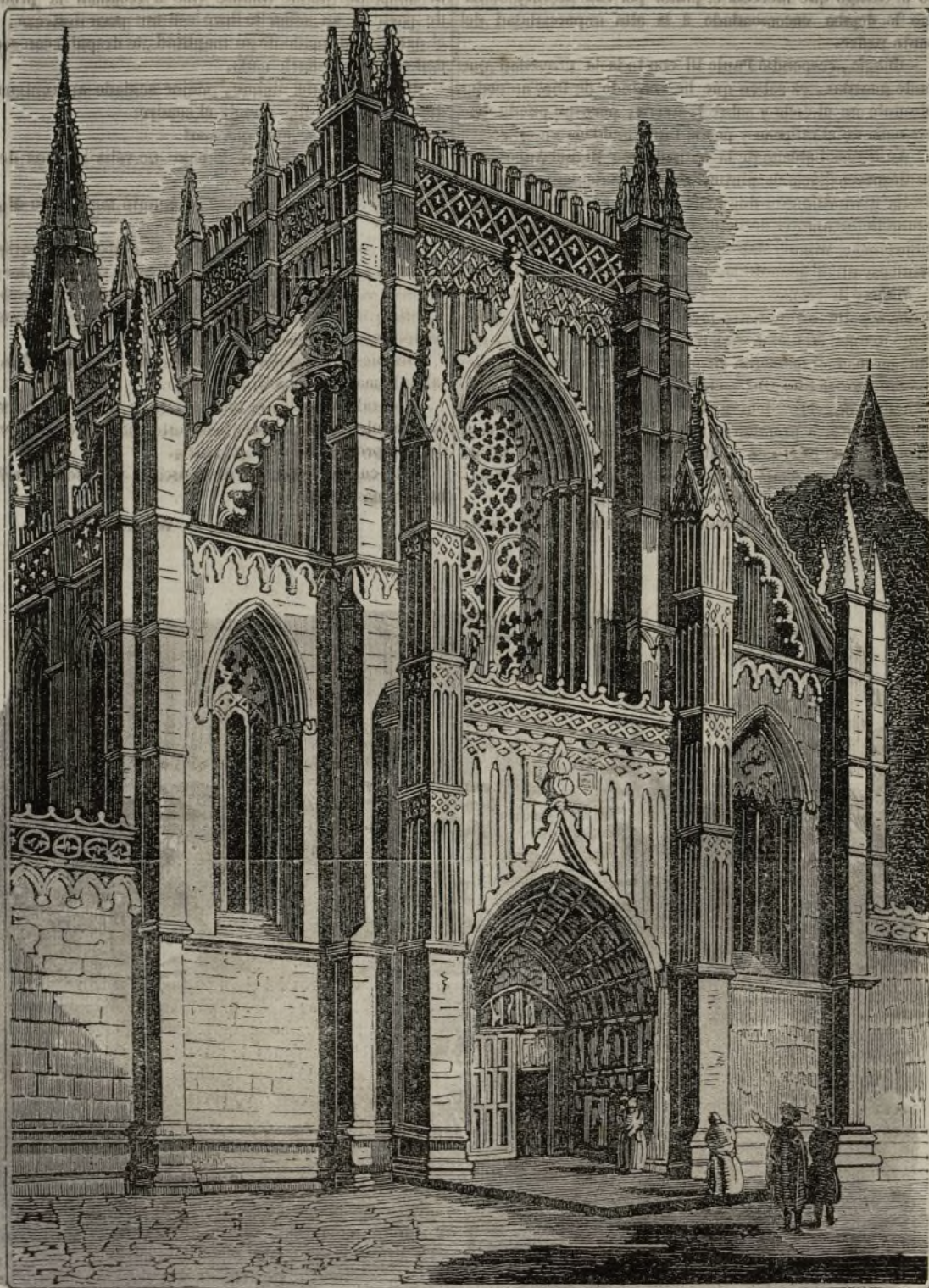
—Querido Antonio, tú no eres rico y tienes dos hermanas casaderas, ven aquí, toma este cuadro de Leda, véndelo y aprovéchate de la ganancia.

Este cuadro le compró Francisco I, y no se ha vuelto á hablar mas de él.

ALEJANDRO DUMAS.



El papa Julio II y Miguel Angel.



Monasterio de Bathala en Lisboa.

ESTUDIOS SOBRE PORTUGAL.

Este reino tan cercano al nuestro, y cuyas costumbres guardan tanta analogía con las de nuestra nación, debería ser por la misma razón muy conocido de nosotros; pero siempre se ha mirado con cierto desden; desden que atribuimos á la decadencia en que gime este país hace muchos años. Por su situación topográfica, por su clima, por la fertilidad de su suelo, por la actividad de sus habitantes, y por sus gloriosos recuerdos, puede aspirar á ocupar un rango distinguido en el número de los estados europeos; pero desgraciadamente, el despotismo inepto bajo el cual ha gemido tanto tiempo, le ha separado muy lejos del punto donde en otra época le aproximaba su civilización y su prosperidad interior.

La forma de Portugal es con corta diferencia la de un paralelógramo. La costa presenta una curva bastante pronunciada, entre los cabos Da Roca y San Vicente al Sud-oeste. Partiendo desde la estremidad septentrional, esta costa parece baja en un principio; pero entre las embocaduras del Miño y del Duero, se eleva gradualmente y aparece hasta escarpada; despues baja sensiblemente, y ofrece hasta Mondego grandes llanuras cenagosas. Desde el Sud del Tajo hasta el cabo de San Vicente la costa desciende, y el mar en esta parte es poco profundo; está lleno de escollos, y ofrece muchos peligros á los navegantes. En este espacio precisamente es donde se encuentra la gran laguna de Setúbal. El litoral entre el cabo de San Vicente y la embocadura del Guadiana, que forma el límite del Portugal por el lado de España, es al principio escarpado; pero se va descendiendo y llega á ser enteramente llano.

El Portugal está cercado de infinitas cordilleras de montañas; la más considerable es la Serra da Estrella, que recorre la parte media del reino del Nordeste al Sud-oeste, y termina en el cabo Da Roca.

Portugal se ha visto provisto por la naturaleza de medios de irrigación; es cierto que no posee mas que lagos de poca estension en las montañas; pero en cambio son numerosos los rios que llevan todas sus aguas al Océano.

Sin contar sus colonias, aparece en una superficie cuadrada de 5,526 leguas, conteniendo una poblacion de tres millones de habitantes. Sus posesiones en Africa son las mas considerables de todas las que tienen las potencias europeas. Se componen de la isla de Santo Tomás sobre la costa de Guinea; de todo el litoral desde el cabo Nero hasta la isla de Fernando Po, de las islas de Madera y de Porto Santo, de las diez islas del Cabo Verde, de las nueve Azores y de los gobiernos de Angola y de Mozambique, por todo 28,489 millas cuadradas con una poblacion de 4.057,000 habitantes.

Portugal reúne dos primaveras, de las cuales la primera, y la mas deliciosa, comienza en el invierno. Viene despues la estacion de las lluvias, y desde julio hasta setiembre reinan los mas fuertes calores, que desecan y dañan mucho á la agricultura; entonces el cielo aparece constantemente puro y ni una gota de agua cae para refrescar aquella abrasada atmósfera. Despues de las primeras lluvias, parece como que renace la naturaleza; se embellece con nuevas flores, y se presenta la segunda primavera que precede al otoño. El invierno comienza en el mes de noviembre, y seña-

la su tránsito con fuertes lluvias y violentos huracanes. La nieve cae en Portugal raramente, excepto en la cima de las montañas de las provincias septentrionales. Portugal posee ricos tesoros que le prodiga la naturaleza, y no falta mas que un poco de industria en los habitantes para sacar el mejor partido posible. Los romanos estuvieron explotando largo tiempo las minas de oro y plata de la Lusitania; pero el ardor del clima y la fertilidad de su suelo, hacen á los portugueses como á los españoles, un tanto inclinados á la pereza, y prefieren el comercio á los trabajos industriales que exigen laboriosas fatigas. La agricultura languidece lo que no sucedía en el siglo XIII, cuando tenía bastantes cereales que esportar. Entonces, los descubrimientos marítimos, los colonos que se enviaron, y el comercio, arrancaron muchos brazos á la labranza. Añádase a todo esto la ignorancia de los cultivadores, la servidumbre que han experimentado por espacio de tantos años, la aglomeración de las propiedades territoriales en las manos del clero, la dificultad de comunicaciones interiores, y tendremos una idea de las consecuencias que debió experimentar este país; pero luego la administración de Pombal obtuvo progresos; la contribución sobre cereales es todavía necesaria. Los frutos llegan en todo tiempo á su perfecta madurez, son deliciosos y una gran parte de ellos se destinan á la esportación. Tambien se hace aceite; pero es de malísima calidad por el molto defectuoso de su preparación. La educación del ganado languidece á causa de la carencia de pastos durante los grandes calores, y el gran número de días festivos, dana mucho á los trabajos agrícolas.

La nobleza, hoy menos numerosa que en otro tiempo, se divide en alta y baja. En 1805 se componia la primera de 65 familias. Existe en Belen, no lejos de Lisboa, un hospicio para los nobles arruinados, ó para aquellos que han enfermado en el servicio del rey; están allí vestidos con el traje de la orden de Cristo y bien alimentados. El carácter del pueblo es benévolo y amable en el campo y en las poblaciones pequeñas, con especialidad en las provincias del Norte, donde se hallan las costumbres dulces de los portugueses, unidas á la hospitalidad mas cordial. Han heredado, no obstante de sus padres, un odio inveterado hacia los españoles. En las ciudades hay muy pocas diversiones; pero la capital de Portugal, tiene como nosotros una pasión vehemente por las corridas de toros.

Muchos miembros del clero portugués se han distinguido por sus talentos y su saber. El patriarca reside en Lisboa, y tiene bajo su supremacia nueve obispos, cinco en Europa, y cuatro en las posesiones de ultramar; los otros diez obispos portugueses están bajo la dirección del arzobispo de Braga, primado del reino, y bajo la del arzobispo de Evora.

Las fuerzas navales de Portugal, eran en el siglo XV y XVI las mas considerables de Europa. El rey de Portugal recibió del papa Benito XIV en 1749 el título de rey fidelísimo. El heredero del trono, toma el título de príncipe real, su hijo mayor, el de príncipe de Beira, y los demas príncipes y princesas los de infantes ó infantas como en España.

En otra ocasión en la cual podamos contar con mas espacio, consagraremos un artículo especial para hablar de la lengua y de la literatura portuguesa.



ANTIGUAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

ARTÍCULOS DEDICADOS POR EL AUTOR A LA SEÑORA DOÑA NATALIA BORIS DE FERRANT.

II.

Antigüedad del baile.—Bailes anteriores al siglo XVII.—Danzas del reinado de Felipe IV.—Policia de las escuelas de danza y desafíos de baile.—Variación de las danzas con la dinastía borbónica, y bailes de los reinados de Felipe V y de Fernando VI.

Natural al hombre es el ejercicio del baile que encontramos en todas épocas y en todos los países, hasta en los mas remotos y salvajes. Todos los pueblos le tuvieron admitido en los ritos de sus primitivas religiones, en las fiestas públicas y ejercicios militares, y le vemos prohijado por su influencia en la parte moral y física del hombre, lo mismo en los horribles festines de los antropófagos, que entre el pueblo de David y entre las solemnidades de la iglesia primitiva. Respecto á nuestra península ya le conocieron las poblaciones aborígenes, y consta que se ejercitaban en el baile los pueblos que encontraron en ella los fenicios á su venida, pues dice Estrabon (lib. III. c. 4) que los celtiberos bailaban todas las noches con su familia cuando en las del plenilunio sacrificaban delante de sus puertas á un dios sin nombre.

A pesar de existir curiosas noticias que prueban el uso del baile durante la dominación árabe, y los reinados de los Alfonsos, nada mencionaremos de estos tenebrosos y ya lejanos siglos. Porque si bien vemos por códices antiquísimos reproducidos pasos de baile de nunca faltaban músicos con instrumentos de raras figuras, ignoramos la mayor parte de los nombres de unos y otros, y cuando los sabemos, es difícil aplicarlos al propio uso que tenían entre los *tunicados* españoles de aquellos tiempos.

Durante los siglos XV y XVI sabemos por algunas de sus crónicas y autores, que estaban muy en uso los bailes y saraos, para solemnizar ciertos actos como bodas y bautismos, y aun solo para divertirse y solazarse. Fernán Gomez de Ciudad Real menciona en el reinado de don Juan II, danzas y entre ellas la *zambra*, que segun parece tomaron de los moriscos los españoles de aquel tiempo; pues describiendo en la epístola 68. los festejos que se hicieron en Madrid por el nacimiento de un hijo del condestable de Castilla, dice que en la posada de Alonso Alvarez de Toledo, contador mayor del rey, «se fizo una buena zambra morisca, é otros bailes, é una danza francesa, é se dió colacion de pasta á todos muy amplamente.» Pero estas descripciones son tan escasas y arrojan tan poca luz en la materia, que ceñida en los cortos límites de un artículo no puede presentarse clara, ni muy interesante.

No sucede así en el siglo XVII, en que por un libro titulado, *Discursos sobre el arte del danzado, y sus excelencias y primer origen*, por Juan de Esquivel Navarro (1), tenemos noticias de las danzas y sus movimientos que estaban en auge en el reinado de Felipe IV. Dice ser los movimientos los

(1) *Discursos sobre el arte del danzado y sus excelencias y primer origen, reprobando las acciones deshonestas. Compuesto por Juan de Esquivel Navarro, vecino y natural de Sevilla, impreso en esta ciudad, año de 1632.*—Hemos visto un ejemplar de esta rara y curiosa obra, mas bien opúsculo de cincuenta hojas, en la preciosa biblioteca del sábio anticuario y orientalista don Pascual Gayangos.

mismos que los de la esgrima, á saber: *accidentales, extraños, transversales, violentos y naturales*, y las mudanzas ó figuras que de ellos se derivan *floretas, encages, campanellas, cabriolas enteras y atravesadas, cuatropeados, folias, giradas, carretillas, boleos, rompidos*; etc. Explica estensamente el modo y tiempo que se empleaba en hacer cada mudanza ó paso, y da como reglas generales el bailar siempre con las puntas de los pies hacia fuera y el rostro hacia el maestro, sin encoger nunca las piernas, que esto queda para danzas ridiculas, como matachines y mogigangas. Menciona las mudanzas *alta y baja*, y los bailes usados en aquel tiempo, á saber: *folias, torneo, pie de gibado, alemana, el villano, el rey don Alonso, la pavana, la gallarda, canario, chascona y rastro*, que era lo mismo que *ficara zarabanda y tarraga*. La *pavana* se comenzaba con el pie izquierdo, la *gallarda* con reverencia que la ejecutaba el mismo pie izquierdo: las *folias, villano, canario, torneo y pie de gibado* se empezaban tambien siempre con el pie izquierdo. Se danzaba muy erguido y con descuido, sin afectacion, pero tampoco sin mirar al techo ni á los pies de los que danzaban, solo se tenia por buena una posicion natural con los brazos caidos, y junto á las faltriqueras las manos. Al empezar todo baile se hacia con pies y cuerpo una reverencia quitándose el sombrero, mientras duraba, con la mano derecha pasándolo á la izquierda, porque no es bien llevar la derecha ocupada, y todos los circunstantes se quitaban tambien el sombrero. Todas las danzas se bailaban con el sombrero puesto despues de la reverencia, excepto la *gallarda*, que era costumbre danzarla con el sombrero en la mano.

La danza de las mugeres, aunque con el mismo compás y compostura, tenia las mudanzas muy diferentes, y era muy importante y difícil el enseñarlas por tener que suplir el maestro con el instrumento sus defectos ó yerros.—Las danzas de cascabel eran para gente que podian salir á danzar por las calles, y hubiera sido indecente que asistiesen á ellas los maestros: era danza muy diversa de la de cuenta que servia para principes y gente de reputacion.—El *haya* solia bailarse las Pascuas y dias muy festivos, despues de haberse danzado antes que se vaya la gente, y en los mismos debian los buenos discípulos regalar á sus maestros.—Finalmente, se ve en estos discursos lap olicia que se observaba en las escuelas de danza, las reglas que cumplian estrictamente maestros y discípulos, y las fórmulas con que debian hacer se los retos ó desafíos de danza. El desafiador ó que retaba lo hacia despues «de danzar el alta y puesto su sombrero, capa y espada,» depositando cierta cantidad de dinero, la mitad para quien tocase y la otra mitad para quien yenciese, y nombraba padrinos. Las murmuraciones y pareceres sobre quien bailaba mejor solian parar á veces en enemistades y cuchilladas; «y porque los retos suelen parar en disgustos, y por otros que se pueden originar, deben los maestros tener junto á si sus armas, sin que jamás les falten del lado,» dice Juan de Esquivel.

Poníanse ademas carteles de desafíos de baile en las entradas de las escuelas de danzas, y no le quitaba de allí el que desafiaba, hasta que pasados unos dias salia ó no sostenedor para el reto.

De la lectura de este opúsculo se desprende que bailaban por separado hombres y mugeres en aquel entonces, sin entrelazar los brazos, ni darse quizá las manos como ahora; pues dice en el reverso de la página 33: «Si entran algunas

«mujeres en la escuela, debe el maestro levantarse con mucha «cortesía, y acomodarlas en parte que no estén junto á los «hombres, ni conversando con ellos. Y lo que yo hiciera, fuera «tener unas tarimas á mi lado donde sentarlas con mucha de- «cencia, porque de otra suerte tiene mal remedio. Y esto de «no consentir estén las mujeres con los hombres, se debe «hacer aunque vengan con sus maridos, ó hermanos, porque «los circunstantes no lo saben: y si acierta á entrar un juez, no «lo puede saber, y debe evitar la comunicación, ó por lo menos «averiguar la verdad: lo cual cesa con hallarlos apartados.» Otro tanto pudiera deducirse de la lectura de varias relaciones de fiestas de aquel reinado, pues vemos, por ejemplo, que en una máscara y festin que se celebró en el real palacio de Madrid el día 21 de diciembre de 1647, salió la infanta doña Margarita seguida de una menina, guiando sus damas y meninas que iban de dos en dos en número de diez y ocho, y «danzaron infinitas danzas de las que se celebran en Eu- «ropa por mejores» en presencia de Felipe IV, y principales personajes de su corte. No obstante, tenemos por cierto lo contrario, cuando vemos representado un baile del modo siguiente en un código del siglo XV, y leemos en la historia del conde de Buelna escrita en el mismo siglo, «danzaba ma- «dama con Pero Niño, é cada uno de los suyos con una da- «misela.» También en Burgos por los reales desposorios de 1615, hubo sarao por la noche, «donde danzaron la reina, príncipe, infantes y las damas con los señores,» y existen muchos mas datos.

El instrumento que se tocaba era la vihuela, la baulurria ó la guitarra: añádanse violines en los bailes del régio alcázar. En el pregon que se dió en la ciudad de Granada el día 17 de abril de 1621 mandando á sus vecinos ponerse de luto por todo un año, por la muerte del rey don Felipe III, se lee: «Otro sí, que no haya escuela de danzar, ni se toquen de no- «che ni de día guitarras, ni instrumentos de alegría, pena de «perdidos, aplicados como dicho es, la tercera parte de su va- «lor al denunciador, y las otras dos á obras pias.»

Pasemos ahora al siglo XVIII, en que con la nueva dinastía de los Borbones, en España variaron completamente los trages, usos y costumbres de sus habitantes, y por largo tiempo fué la corte de Castilla imitadora de la de Versalles. Los extranjeros que vinieron con Felipe V no dejaron de propagar su idioma y sus usos, entre los continuos combates que nos ofrece la historia durante las guerras de sucesion; y los partidarios de aquel monarca fueron los primeros en remedar las costumbres francesas. Orilláronse las dagas y espadas toledanas para dar lugar á los espadines, que fueron en su principio del vecino reino, y hasta fué francesa la etiqueta observada en las visitas llamadas entonces *estrados*, y los saludos usados en distintos parages y para diferentes clases de personas. Igual cambio sufrió el baile, admitiéndose las danzas extranjeras, que se hicieron de moda en breve tiempo, y con la paz que sobrevino á las disputas sangrientas de los dos competidores al trono de las Españas, Carlos y Felipe, pudo libremente desarrollarse el arte de danzar á la francesa que tuvo grande aceptación, como la tienen siempre todas las novedades. Quedaron, pues, postergados los bailes españoles, como las seguidillas, el fandango y otros, con sus pasos de rompidos, encajes, campanelas, cuatrupeados etc., para bailarse solo en los salones y con los graves pasos llamados *derechos*, *abiertos*, *redondos*, *toruosos* y *batidos*, los bailes, que un tal Pablo Minguet é Irol esplicó estensa y claramente con su

correspondiente y variada música, con laminas, pasos y figuras, en una curiosa obrita titulada *Arte de danzar á la francesa, adornado con cuarenta y tantas laminas.*

La primera edicion de este libro se hizo en Madrid en 1733, agotándose inmediatamente; tal es la afición que al honesto y utilísimo recreo del baile han tenido siempre los españoles. Ignoramos en qué año se hizo la segunda edicion, pero la tercera fué del año de 1758, y esta es la que hemos tenido presente para redactar las noticias siguientes sobre el baile en el siglo XVIII.

En el arte de danzar á la francesa, se esplican y demuestran los bailes que estaban mas en uso en las cortes de Europa, y en España durante los reinados de Felipe V y de Fernando VI. El autor se queja tambien á cada momento, y hasta entre los renglones de las notas de la música que presenta, de que hubiese tantos maestros de baile que engañaban á sus discipulos haciéndoles pagar un doblon cada mes, y por espacio de mucho tiempo. Dice que el danzar es un ejercicio noble, licito, y muy útil para la salud, bailando como se debe, y se conduce de tener muchos maestros de baile enemigos por haber publicado su obra, puesto que podia aprenderse con ella sin necesidad de maestro, con las muchas laminas que ponen patentes á la vista todos los pasos y figuras de los bailes usados en aquel entonces, y la esplicacion del modo de danzarlos. Pero á cada momento se alaba á sí mismo, diciendo ha sido el primer autor que ha escrito sobre el arte de danzar en España, lo que no es cierto, puesto que, como acaba de verse, en 1642, casi un siglo antes de que se imprimiera su libro (1733—1758), ya salió á luz en Sevilla un opúsculo sobre el arte del danzado, por Juan de Esquivel Navarro.

De todos modos las noticias que da sobre la danza en el siglo XVIII, son bastante curiosas y pueden tenerse por fidedignas mediante el testimonio de varios escritores de aquel tiempo. Los bailes llamados *contradanzas* eran de varias especies, y de todas da Minguet en su obrita la esplicacion con puntos y figuras, é inserta la música particular que se tocaba para cada una de ellas. Unas contradanzas tenian tres partes ó se hacian en ellas tres figuras diferentes; otras constaban de cuatro; otras de nueve y de doce, y aun las habia de quince partes: tal era la contradanza llamada de los *muchachos hermosos*. Los nombres de estos bailes sumamente reposados no dejan de llamar la atención por su sencillez del que estendia las costumbres honradas y benévolas de los españoles de los reinados de Felipe V, y de Fernando VI. La *estrella*, la *invencion bella*, la *idea buena*, la *greca-marrueca*, los *petimetres* y *petimetras*, los *muchachos hermosos*, los *presumidos* y *presumidas*, los *bailarines*, la *macarena*, la *discreta*, la *pastoril*, la *diligenta*, y la *cortesana*, eran los nombres de otras tantas contradanzas muy usadas en Madrid, Barcelona y otras ciudades, tanto en los bailes caseros, como en los de los coliseos, y públicos de máscaras. Diferenciábanse unas de otras, ya por el número y variedad de sus figuras y de su música peculiar á cada una, *redondas*, *largas* y *cuadradas*. Bailábanse ademas en aquellos tiempos otras cuatro contradanzas llamadas *airosas*, y eran la *airosa malagueña*, la *catalana*, el *suple seguidilla*, y la *alemana*. Los pasos que se hacian en todo baile, pero con diversas combinaciones, eran en *primera*, *segunda*, *tercera*, *cuarta* y *quinta posicion*; *batidos adelante* y *atrás*; *saltos*, *cabriolas*, *demigetté*, *paso tumbé* ó *cáido*, *assamblé*, *eupé*,

glisé, de sison, y otros muchos que demostraban haberse tomado de Francia. Habia tambien el *balanceé*, paso de minué y de *rigodon*.

No solamente se desarrollaban en estas danzas los miembros bajos del cuerpo humano, sino tambien los superiores, pues se hacian en muchos bailes acompasados movimientos con los brazos, hombros, codos y muñecas de las manos, sobre todo en la *guastata*, la *amable*, que tenia seis partes, la *bretaña*, que constaba de cuatro, y que tenia añadida otra danza tambien de cuatro figuras llamada su alegre ó *rigodon*. La *boréa* era el alegre del *charinan vainqueur*, danza que, segun el librito de Minguet, era muy grave y de una música rancia y antigua ya en su tiempo.

Las diferentes posiciones ó figuras que se ejecutaban en algunos de estos bailes tenian nombres muchos de los cuales hasta hace pocos años han llegado hasta nosotros, y eran la *cadena doble y sencilla*, el *pasamanos*, el *ansolador*, la *rueda de todas las parejas*, la *alemanda*, dos cruces, puente, caracol, rueda de palmadas, rueda de corteza,



Baile segun un códice manuscrito del siglo XV.

rueda de espaldas, *cruz de Malta*, *cambio de compañeros*, *cortesía de minúete*, etc. etc. Inútil es decir que para todos los bailes citados hasta aqui sérios ó de salon, habian de ser mas de una las parejas, entrando en la danza cuatro, seis, ocho, doce ó mas, siempre en número par, y ejecutando diversas modificaciones en aquellas figuras segun cual fuese la danza que bailaban nuestros abuelos. Finalmente, para formarse una idea exacta de la índole de los bailes del tiempo de Felipe V y de Fernando VI, á pesar de que muchos extrañarán la candidez de sus figuras, insertamos integras para ejemplo varias diferencias de las contradanzas que del modo siguiente explica Pablo Minguet en su arte de bailar á la francesa.

Alemanda: es que el caballero y dama se ponen hombro á hombro del lado derecho, y el caballero con la mano derecha toma la izquierda de la dama por detras de ella; y la dama con la derecha la izquierda del compañero por detras de él, y dan rueda: para deshacerla, se vuelven del lado izquierdo, y se dan las manos de la misma forma, y ejecutan otra rueda.

Caracol: es darse la mano, y la dama da vuelta pasando la cabeza por debajo del brazo del caballero, etc.

Cruz de Malta: es darse las cuatro damas las manos derechas, y con la izquierda tener asida la derecha del caballero, y dar una vuelta entera caminando adelante. Tambien se hará dando los cuatro caballeros las manos izquierdas, y con las derechas tener asidas las damas.

Enlace: es que el caballero y dama estando de cara á un misma parte, el caballero con la mano derecha toma la misma de la compañera por detras de ella, y esta con la izquierda toma la misma del caballero por detras de él. Para deshacerlo darán ambos media vuelta por el lado de afuera, sin soltarse.

El amolador: es dar vueltas con la mano y dedo indices, al mismo tiempo que el pie del propio lado baja y sube, imitando tambien con la boca el sonido que hace la piedra en este ejercicio, etc.

Todos los pasos de los bailes del siglo XVIII tenian mucho mas que hacer para estudiarlos que los facilisimos de nuestras agitadas y voluptuosas danzas. No hay duda que algun malicioso lector se compadecerá de la gravedad y candidez que todo en su música y en sus diferentes figuras respiraba; pero no sabemos como juzgará la posteridad nuestros bailes violentos y de posturas desenvueltas mas de lo necesario.

Habia tambien, y eran bailes muy de moda en 1758 el *minué* y el *pasapie*: aquel era de tres especies, á saber, minué con paso á la bohémiana, minué regular, y minué de Alcides. Entre los pasapies eran varias las diferencias, como demuestran sus distintos nombres de pasapie comun, de Mr. Pecour, de dos pases, de cuatro compañeros, de España, de trompas, de Mr. Malé, de Pascualin y el pasapie dragon.

Finalmente, algunas de las reglas que debian tenerse presentes para bailar cual correspondia, y que exigia la forma de los abultados trages de aquella época, eran que las damas cogiesen con dos dedos el brial ó guardapiés, llamado despues tontillo ó guarda-infante, volviendo las manos hácia fuera sin levantarlas ni llevarlas muy unidas á su cuerpo; y que los caballeros hiciesen otro tanto con los pliegues de los grandes faldones de sus casacas. Las cortesias menudeaban sobremanera, y el mas aplaudido en todo baile era el que con mayor decoro hacia acciones mas garbosas con las manos presas en finos guantes. Y cabe aqui notar como la costumbre francesa de bailar sin guantes que se introdujo en aquellos años, no halló cabida entre los caballeros españoles, que continuaron usándolos aun cuando se los quitasen las damas con quienes bailaban. «Los compositores, los que bailan, los que hacen de bastonero, y los que tienen funciones en sus casas (se lee en el arte de danzar á la francesa) deben tener especial cuidado, poniendo cuanto esté de su parte en disponer los bailes de modo, que se aparte el menor ademan indecente, y que al paso que la diversidad de sus mudanzas sea de agradable diversion, muevan los ánimos á una honesta recreacion; pues no sin fundada razon se lamentaban los predicadores, corrigiendo lo pernicioso de algunos bailes, que por la provocacion de sus movimientos debian proscribirse.»

Esto es lo mas notable que sobre el baile se encuentra en los siglos XVII y XVIII; pues si quisiéramos extendernos mas en tan curiosa materia, bien podriamos con los materiales que nos ofrecen los papeles sueltos y relaciones de fiestas de aquellos siglos. Siglos, en que las principales y frecuentísimas diversiones de los españoles, eran saraos y toros, fuegos artificiales y máscaras públicas, ó procesiones á caballo.

Sobre cada una de cuyas fiestas y otras antiguas costumbres, quizá hablaremos mas adelante en particular, aunque generalmente lo hicimos de los toros en la página 166 de este tomo.

FLORENCIO JANER.

EL ESCULTOR DE LA MONTAÑA (1).

Novela.

IV.

EL TALLER.

Una mañana que Clofin se ocupaba en terminar una pequeña estatua que le habian mandado hacer; el periodista que le habia conocido en casa de Riolato un mes antes, entró en su aposento.

Carlos Doverto, este era el nombre del joven escritor, le llevaba la revista en que acababa de aparecer el artículo que le prometiera.

—No sé si vd. estará contento de él, dijo; pero ha producido muy buen efecto.

—Estoy ansioso de saber lo que ha podido vd. decir de un pobre escultor de madera como yo, replicó Hipólito abriendo el periódico.

—Creo haber hecho á vd. justicia, observó Doverto,

—No comprendo por qué medio.

—Lea vd.

Clofin se acercó á la ventana y se puso á recorrer el artículo. Era un estudio fantástico, en el cual, bajo pretexto de analizar el talento del artista desconocido, se hacia de su vida una novela llena de circunstancias maravillosas, tan nuevas para Hipólito como para el público. Carlos Doverto conoció la admiración del joven asturiano.

—Estaba seguro de ello, exclamó riéndose; esa es una biografía, camarada, que no entiende vd. Yo he hecho de vd. un héroe á la manera de Hoffmann.

—Con efecto, dijo Hipólito herido, y no puedo adivinar la causa....

—La causa es la tontería del público, que no gusta mas que de cuentos fantásticos. Un artista, cuya vida se pareciese á la de todo el mundo no llamaria la curiosidad; es preciso que se pueda referir su historia. Si yo me anunciara de nuevo, no siendo conocido, me presentaria como un Cervantes en sus aventuras ó como un salvaje del Orinoco, antes que darme á conocer con el nombre de mi padre.

—De modo, contestó admirado Hipólito, ¿qué, la mentira es la primer condicion de la gloria?

—No; pero si de la celebridad. La gloria no tiene necesidad de todo este ruido, pues se busca al grande hombre lo mismo en un oscuro rincon que en la tumba. Tal vez hubiese pasado algun dia por su montaña de vd., acaso mañana mismo ó dentro de cien años, y hubiese inscrito su nombre de vd. en el libro de la inmortalidad; pero aqui se trata únicamente del éxito y de la fortuna. Nosotros hacemos con el arte lo que se hace con los negocios, y la primera condicion de todo comerciante es tener una muestra que

pueda atraer al comprador. Ya verá vd. dentro de poco el efecto de mi artículo.

En este momento entró un criado anunciando al señor don Lorenzo Escobeda que solicitaba ver al joven escultor.

—¿Escobeda, repitió Doverto; ¿qué es lo que vd. decia? ha leído el periódico y viene á hacer algun pedido.

—¿Presume vd.?

—Estoy seguro de ello. Pero escuche vd... mientras mas crean su talento de vd. mas caro pagará.

Entró el comprador. En efecto venia á proponer á Hipólito un asunto; pero la vista del aposento en que el joven escultor trabajaba asi como los muebles, llamaron su atención: miró con frialdad las figuras que aquel le presentó, y Doverto lo conoció.

—Me incomoda sobre manera que enseñe vd. aqui, dijo á Hipólito, los objetos que tiene; el dia está oscuro y no se puede juzgar respecto á la finura del trabajo. Si este caballero quisiera pasar al taller...

—¡Ah! ¿este señor tiene un taller? observó el comprador,

—Se lo están preparando; por eso le halla vd. en esta especie de chirivital. Pero dentro de poco tiempo tendrá una casa que pueda competir con la de los primeros artistas de la corte; una verdadera galeria italiana, dando vista á un jardin... veinte mil reales de alquiler, porque nuestros artistas viven hoy como grandes señores.

—Y porque nosotros somos sus banqueros, respondió el comprador riendo.

—Diga vd. mas bien sus prestamistas. Ustedes compran sus obras y se enriquecen... Pero disímule vd... ya sabe vd. que nos esperan, Hipólito, y por lo tanto le ruego que termine pronto con este caballero.

Todo esto se habló con tal acento de verdad, que Clofin estaba como aturdido, y el comprador, cuyas confidencias le trasformaron se apresuró á hacer proposiciones á Hipólito, las cuales aceptó, y se retiró haciendo demostraciones las mas atentas del mundo.

Apenas hubo desaparecido cuando Doverto se dejó caer sobre una silla riendo á carcajadas.

—¿Qué es lo que vd. hace? preguntó Clofin; ¿qué chanzas son estas?

—No son chanzas, contestó el periodista, pues si vd. no tiene taller es menester que le tenga.

—¿Cómo?

—¿No ha reparado vd. la impresion que ha causado su aposento de vd.? Viendo el cuarto que vd. habita ha estado á punto de no hacerle proposiciones.

—Pero, ¿qué importa mi cuarto si veia mis obras?

—¡Dios mio! ¿Cómo se conoce que viene vd. de provincia! ¿No comprende vd. que para ver las obras nada mas se necesita mas ciencia y mas gusto que el que tiene este hombre? ¿Qué le importa al señor de Escobeda el mérito? Lo que él quiere es un escultor de fama, cuyas producciones pueda vender bien, y la opulencia del artista es la mejor prueba de su éxito: vd. olvida siempre que no está en la montaña trabajando segun su capricho; está vd. en Madrid donde tiene que trabajar segun el gusto de los demás.

—¡Ay! tiene vd. razon, dijo Clofin suspirando.

—Es un aprendizaje que le queda que hacer, repuso Doverto: vd. no puede continuar viviendo en la soledad; es preciso que le vean á vd. en el mundo: un sarao, ciertas reuniones de tono le servirán á vd. mas que una obra maestra.

(1) Véase el número anterior.

—De manera, dijo, Hipólito, que no basta haber perdido la libertad de mis inspiraciones, sino que también es preciso renunciar á la libertad de vivir á mi gusto.

—Es necesario hacer fortuna, respondió Dóveto, y nada más. Desde ahora no debe vd. tener más que un pensamiento y un objeto: contribuir en lo posible para que se hable de vd.

DESENGAÑO.

Clofin se esforzó en seguir los consejos de Dóveto, y aquel no tardó en conocer la exactitud de cuanto le decía. Su reputación fué mas allá de su esperanza, y el premio de su trabajo armonizó con su reputación.

El artículo de Dóveto fué aceptado como noticia biográfica: se propagó por todas partes el nombre del joven asturiano: al referir las aventuras novelescas de su vida le señalaban en el teatro y se daban pormenores acerca de sus opiniones y de sus costumbres.

Hipólito se dejó arrastrar por el oleaje de la moda que le elevaba, por decirlo así, sin ayuda de nadie; los instintos orgullosos que habian permanecido indiferentes, se despertaron al punto. Se hablaba tanto de su ingenio, que concluyó por creer él mismo lo que de él suponían, y aceptó la admiración general como un homenaje debido á su talento.

Pero desgraciadamente su triunfo escitó, como sucede siempre, muchas envidias. Hasta entonces no habia conocido mas que las dulzuras de la victoria, pero no dejó de sentir también su amargura.

Un artículo inserto en un periódico enemigo á aquel en que Dóveto escribía, dió principio al ataque analizando escrupulosamente las obras de Hipólito. Las que habia producido durante su residencia en Madrid, carecian de aquella candidez y naturalidad con que se habian distinguido sus primeros ensayos. Encadenada su inspiración, obedeciendo á la necesidad del lucro, trabajó de prisa y sin entusiasmo: le reconviniéron de esto con un sentimiento hipócrita; le mostraron uno por uno los defectos de sus creaciones, dando el nombre de avaricia al sentimiento que les habia producido.

Estas acusaciones conmovieron á Hipólito: sus enemigos se ocupaban de él todos los meses, todas las semanas, todos los dias, y llegó el caso en que nuestro joven escultor no podía mirar cierto periódico sin hallar su nombre unido á algun epigrama sangriento. Se le suponían discursos ó acciones ridiculas; le sacaban en caricatura esponiéndole de este modo á la risa pública.

Hipólito, á quien tal persecución le sacaba de juicio quiso vengarse, y Dóveto le hizo observar tranquilamente que esto era uno de los inconvenientes que tenia la celebridad. ¿Por qué se admiraba de que los mismos medios empleados por sus amigos para hacerle célebre, lo fuesen por sus enemigos para hacerle ridiculo? Consecuencia inevitable de la reputación; pero Hipólito estaba poco acostumbrado á estas costumbres que ponían la obra y la persona del artista á merced de la crítica para aceptar semejante consuelo. Sentía por otra parte en el fondo de las burlas que le dirigían, una reconvencción exagerada, pero justa. La envidia habia hecho á sus enemigos perspicaces y herían con sus críticas la cuerda mas delicada del corazón del artista.

Clofin luchó en vano algun tiempo contra estos ataques y se esforzó en vano también para olvidar las persecuciones de sus émulos: aquella alma acostumbrada al reposo, que inspira la tranquilidad y la oscuridad, se habia turbado profundamente; cayó en una sombría tristeza, que trajo en pos de sí la enfermedad, á la cual estuvo á punto de sucumbir; tanto, que fué necesaria toda la habilidad de los médicos y muchos meses de convalecencia para volverle á la vida. Riolo le aconsejó que viajase á Italia, y esto contribuyó á su total restablecimiento.

A su regreso ya habia, en fin, recobrado sus fuerzas, y la ociosidad á que se habia visto forzosamente condenado, le inspiró vehementes deseos de trabajar; pero cuando se presentó en casa de los traficantes, estos apenas le reconocieron. Había venido de Florencia un artista que hacia muñecos de tierra cocida, y sus obras estaban de moda.

Hipólito fué á ver á Dóveto, á quien participó este cambio repentino, y el periodista se encogió de hombros.

—¿Qué quiere vd., amigo? El éxito es como la fortuna, á quien es preciso cogerla por los cabellos; seis meses de ausencia bastan para olvidar un hombre; vd. ha hecho mas en ausentarse de Madrid.

—Mi salud lo exigía.

—Un hombre que está en boga no tiene derecho á ponerse malo.

—Pero ¿no puedo yo reconquistar mi posición?

Dóveto sacudió la cabeza.

—Conocen la persona y el nombre de vd.; pero el talento ha perdido su novedad: hablan de vd. como de un muerto.

—Eso es horrible, exclamó Hipólito. ¿Con qué ha bastado un año para sepultarme?

—Así como bastó un año para hacerle hombre de fama... ¿Por qué se admira?... La boga se va lo mismo que viene.

—¿Qué va á ser de mí entonces?

—Amigo mío, procure vd. hacerse pintor, poeta y cómico, con cuya trasformación tal vez reaparezca el interés público.

Hipólito no respondió nada y dejó al periodista, creyendo que éste habia exagerado; pero muy pronto conoció la verdad de cuanto le habia dicho.

Después de haberse acostumbrado á la embriaguez del triunfo, le costó sumo trabajo aceptar los dolores y la vergüenza del olvido. Estas pruebas eran superiores á las fuerzas de Hipólito. Luchó algun tiempo; pero en fin, un dia, después de una negativa mas sensible que todas las demás corrió á su taller, mandó llamar á un comerciante, vendió todo, pagó lo que debia, y volviendo á tomar el nudoso palo de viage que habia colgado encima de la puerta como trofeo:

—Basta de humillaciones, dijo: volvamos á la montaña.

Salió de Madrid por la misma puerta que habia entrado cuatro años antes; pero ¡ay! todas las esperanzas que llevaba en aquella ocasión se habian desvanecido: habia entrado dichoso, joven y fuerte, y salía desesperado y envejecido por los padecimientos morales.

CONCLUSION.

El camino fué penoso para Hipólito; acostumbrado á las comodidades de la vida cortesana, perdió la costumbre de

emprender largas jornadas á pié soportando el sol y el frío, y se vió obligado á descansar muchas veces. Se aprovechó de una de estas paradas para noticiar anticipadamente su llegada á su madre.

Queda á la consideración de nuestros lectores la alegría de Dorotea al recibir esta carta, que solo precedió á Hipólito el espacio de cuatro horas; pero su gozo se modificó al punto, viendo el cambio que las circunstancias habían obrado sobre el natural de su hijo. Conoció fácilmente por su palidez y su melancolía que sus proyectos habían fracasado, y que su regreso era mas que hijo de la ternura, hijo de la desesperación y el abatimiento. Dorotea no quiso preguntarle nada; aun cuando Hipólito dijo al echarse en sus brazos:

—Aquí me tienes, madre mia; nunca volveré á separarme de tu lado.

Esto fué bastante, y Dorotea se ocupó en buscar los medios para que su hijo pudiese volver á encontrar la serenidad que había perdido.

Reuniendo en derredor de Hipólito con aquella ingeniosa destreza de muger y de madre, todo lo que le gustaba en otro tiempo, mandó esterar un aposento separado de la cabaña, invitando á sus antiguos amigos para que le visitaran, y consiguió que las muchachas de la vecindad viniesen de noche á su casa para hacerle compañía junto al hogar. Todos los dias eran festivos en casa de Dorotea; pero Hipólito no se apercibía de ello. ¿Qué era esto para los goces que había experimentado en el curso de su vida? Escuchaba continuamente aquel tumulto elegante en medio del cual había resonado su nombre en otro tiempo; comparó la oscuridad en que había vivido con el brillo de que se había visto rodeado en otras ocasiones. Aquella alma había perdido su sencillez al mismo tiempo que su calma, y gastado por los falsos goces del mundo no podía ya volver á los goces sencillos de la vida de la familia.

Dorotea concluyó por conocer que todos sus esfuerzos

habían sido inútiles. Hipólito se ponía cada día mas triste, sufría mucho, y pronto el mal hizo tales progresos que no pudo salir de la cabaña. La pobre madre asustada corrió á buscar al médico.

Este examinó al jóven con detención, le interrogó, le prescribió el descanso por distracción y se retiró. Dorotea salió y le detuvo.

—¿No me dice vd. nada, señor doctor? balbuceó mirando al médico con angustia.

El médico no sabía qué responder.

—La verdad; ¡en nombre del cielo! añadió la madre desconsolada.

—¿La verdad? preguntó el médico turbado.

—Sí, señor.

—Pues bien.... Voy á llamar al cura.

Dorotea lanzó un fuerte grito y cayó de rodillas.

Vino al otro día el cura pretestando mandar hacer á Hipólito algunos trabajos; pero el jóven sonrió tristemente, sintiendo los progresos del mal, comprendió lo que significaba la venida del cura: le abrió su corazón y le contó todo cuanto hemos escrito. Cuando hubo acabado aquel quiso consolarle; pero Hipólito le interrumpió diciendo:

—Mi dolor está curado, señor cura; estoy próximo á exhalar el último suspiro, y la verdad se ha presentado á mis ojos; todo cuanto me ha sucedido es justo. He querido cambiar los goces del arte contra las ventajas de la fortuna y las vanidades de la celebridad; he sacrificado mis afecciones y mi tranquila ventura á un delirio ambicioso. Pueda todo esto servir de lección. Si algun otro, tentado por vanas promesas, quiere abandonar nuestros valores por las grandes poblaciones, refiérale vd. mi historia, padre cura; dígame vd. lo que cueste la celebridad; aconséjele vd. que cultive su corazón y su inteligencia, no para el provecho, sino para el deber, puesto que la alegría en la tierra solo se concede á las almas honestas, puras y sencillas.

MADRID PINTORESCO.



Vista de la puerta de Toledo.

LA CIENCIA EN FAMILIA.

MEMORIAS DE UN MAESTRO DE ESCUELA.

SR. DIRECTOR DEL MUSEO.

Muy señor mío: el anciano maestro de escuela de este pueblo, uno de los mas antiguos suscritores al periódico que vd. dirige, acaba de morir en el mismo sillón de baqueta en que ha pasado cuarenta años de su vida bregando con los

muchachos. Si hubiera sido emperador de seguro habría muerto de pie. Cuando conoció que su mano iba á helarse para siempre, pidió su tintero de estaño y su cartapacio, sacó un pliego de papel y escribió el adjunto laconico testamento de que incluyo á vd. copia auténtica legalizada por el cartulario del lugar. Dice así:

«Este es mi testamento:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo



Iglesia del lugar de Gasparon.

«amen: yo el que abajo firmo hallándome en mi juicio cabal y viendo acercarse el último momento de mi vida, lego mi alma á Dios, mis bienes á los pobres, mis libros á la biblioteca del instituto provincial, mis manuscritos al Museo de las Familias y mi bendición á mis discípulos, nombrando á don Camilo Barrientos mi legatario universal. ¡Nil sub sole novum!

Firmado.—J. B. GASPARON.

TOMO VIII.

En mi calidad de legatario universal, me apresuro, pues, señor director á remitir á vd. por el ordinario un cajón no pequeño rotulado á su nombre, que encierra las Memorias científicas del difunto Gasparon rogándole se sirva acusarme el recibo.

Don Canuto Frangüesa, secretario de este ayuntamiento, se aprovecha de la ocasión para incluir el elogio histórico que ha pronunciado sobre la tumba de su amigo el domine,

y me parece que no le pesará verlo impreso. Al contrario, i vd. se decide á darle esta satisfaccion creo que será el dia mas feliz de su vida aquel en que pueda decir: mi prosa y mi nombre puesto en letras de molde circulan con el *Museo de las Familias* por todos los ámbitos del mundo.

Con este motivo se ofrece de vd. afectisimo etc.

CAMLO BARRIENTOS.

ELOGIO HISTORICO DE GASPAGON.

Habitantes de este lugar!

¡El genio acorta las distancias! No os admireis, pues, de ver á todo un secretario del ayuntamiento venir sobre la tumba de un instructor primario á prodigar á su memoria los merecidos elogios.

«Juan Bautista Gasparon, nació de parientes pobres pero honrados. Desde sus mas tiernos años Juan manifestó, como yo, una curiosidad inquieta, indicio cierto de un talento superior. Su juventud, bajo la direccion de un noble francés refugiado aqui y perseguido en su patria por el atroz delito de ser noble, la consagró toda entera al estudio de las bellas letras. El griego, el hebreo, el latin, el sirio y hasta el chino eran sus lenguas favoritas. Cuando llegó á la edad de discrecion, ninguna ciencia pudo resistirle: la fisica, la astronomia, la quimica, y sobre todo las matemáticas, fueron los ramos á que se dedicó con mas ardor; por esta causa el ayuntamiento á propuesta mia le nombró maestro de escuela por unanimidad.

«Y en vista de esto, ciudadanos, decidme: si nuestro lugar es de los mejores educados de España ¿á quién se lo debemos? ¿á Gasparon? Si el campanario que acabo de hacer blanquear á mis espensas tiene un para-rayos que nos evite las desgracias de las tempestades ¿á quién lo debemos? ¿á Gasparon. ¿Y el cuadrante solar de la puerta de la casa del concejo? ¿á Gasparon. ¿Y todas esas cosas que causan la admiracion de los forasteros que nos visitan; mi gabinete de curiosidades, el juego de pelota, las ruedas del molino de Pedro Chiquitin, el reloj de la iglesia y tantas maravillas cuya enumeracion seria prolijo, á quien las debemos, vuelvo á preguntar?... ¿á Gasparon y siempre á Gasparon!...

«¡Spargite nubes! Arrojad flores sobre la tumba del hombre sábio y modesto que fué la lumbrera del pueblo como yo soy su bienhechor!

«Pero ¡ay! que todo es fragil en este mundo. A medida que Gasparon envejeció se fué haciendo insoportable y á todos contradecía, incluso á mi mismo. Empeñado en sostener que nada hay nuevo debajo del sol; bastaba hablarle de un descubrimiento para que se pudiese á demostrar que era tan antiguo como Adán. Esta era su mania... echemos un velo sobre sus errores que me obligaron á cerrarle mi puerta.

«Gasparon no ha querido privar al mundo sábio de sus admirables trabajos; ignoro lo que contienen sus manuscritos porque nunca quiso enseñármelos, pero si mis cálculos no mienten, encierran sin duda alguna la cuadratura del círculo, la triseccion del ángulo, la duplicacion del cubo y el movimiento continuo, investigaciones sublimes que son hoy todavia objeto de profunda meditacion para los sábios mas eminentes.

«Si, Gasparon, tú has encontrado el movimiento continuo por el que la Sociedad real de Lóndres ha ofrecido tantos millones, que sin duda heredarás este pueblo, puesto que no dejas hijos ni parientes; tú te has anticipado al célebre Montemayor y á todos los Montes mayores y menores habidos y por haber; nosotros en cambio te elevaremos una tumba de mármol y una estatua de granito.

«Entretanto, que esto puede hacerse, ciudadanos, para que el viajero extraviado no huelle con su planta la tierra que cubre á nuestro profesor y para que la posteridad no nos acuse de ingratitud, escotemos para una cruz de madera que señale su sepultura, en cuyo pedestal, que puede hacerse con la pizarra que le servia en la escuela para sus cálculos, escribiremos estas palabras:

A LA MEMORIA ETERNA

DE

JUAN GASPAGON

LA POSTERIDAD RECONOCIDA.

Hasta aqui el elogio histórico del maestro de escuela; el que quiera conocer sus *Memorias*, que no son en verdad menos curiosas, será preciso que se suscriba al *Museo de las Familias* para el año próximo de 1851 porque el presente damos ya por concluida nuestra tarea; restándonos solo añadir que poseidos de la mas profunda gratitud hacia los que nos favorecen, procuraremos continuar haciéndonos dignos del favor que nos dispensan.

Madrid 25 de diciembre de 1850.

DIRECTOR Y EDITOR PROPIETARIO

Francisco de P. Mellado.

BIBLIOTECA

MADRID

MUNICIPAL

FIN DEL TOMO OCTAVO.

ASTURIAS COSIBERRERES ESPAÑOLAS: por don Florencio Jannet, pag. 242.	CATALA BLANCO DE LA DUCHERA DE BORRERIA (el): por don Antonio Maza, pag. 20.
AVANCE DE MICHAEL ANGEL (las): por Alejandro Dumas, pag. 217.	CATALA (la): pag. 98.
AVANCE DE MICHAEL ANGEL (las): por Cristóbal Colón: por don F. L. pag. 12.	CATALA (el): por don F. L. pag. 12.
AVANCE DE MICHAEL ANGEL (las): por don F. L. pag. 12.	CATALA (el): por don F. L. pag. 12.
AVANCE DE MICHAEL ANGEL (las): por don F. L. pag. 12.	CATALA (el): por don F. L. pag. 12.
AVANCE DE MICHAEL ANGEL (las): por don F. L. pag. 12.	CATALA (el): por don F. L. pag. 12.
AVANCE DE MICHAEL ANGEL (las): por don F. L. pag. 12.	CATALA (el): por don F. L. pag. 12.
AVANCE DE MICHAEL ANGEL (las): por don F. L. pag. 12.	CATALA (el): por don F. L. pag. 12.
AVANCE DE MICHAEL ANGEL (las): por don F. L. pag. 12.	CATALA (el): por don F. L. pag. 12.
AVANCE DE MICHAEL ANGEL (las): por don F. L. pag. 12.	CATALA (el): por don F. L. pag. 12.

ÍNDICE POR ORDEN DE MATERIAS.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

- LA DESTRUCCIÓN DE SAGUNTO; por don F. F. Villabrille, pág. 9.
CRISTÓBAL COLÓN; por don F. T., pág. 13.
EL CABALLO BLANCO DE LA DUQUESA DE BOHEMIA; por doña Agustina Masson, pág. 56.
LA DERROTA DE ATILA; por don F. F. Villabrille, pág. 44.
FRUCTOSO, obispo de Tarragona; por id., pág. 56.
LA MUERTE DE BARBARROJA; por id., pág. 142.
EL CONDE DE MOLLERUCA; por J. Ferrandis, pág. 121.
EL CONDE DON GUILLEN GONZÁLEZ; por don F. F. Villabrille, pág. 141.
EL MONJE DE YUSTE; por id., pág. 176.
LA REBELIÓN DE ARAUCO; por id., pág. 197.
SERTORIO; por id., pág. 249.

ESTUDIOS RELIGIOSOS.

- SANTA ISABEL DE HUNGRÍA, pág. 50.
SAN JUAN DE LA PEÑA, pág. 77.

ESTUDIOS MORALES.

- UN VIAJE A INDIAS, pág. 6.
NIÑOS MIMADOS, pág. 26.
TOBIAS EL MERCADER; por doña Camila Lebrun, pág. 84.
IDEM; conclusion, pág. 115.
LA MARQUESA DE GANGES, pág. 179.
LA LIMOSA ABRASADORA; por D. Carlos Schiller, pág. 186.
LA LECCIÓN DE UNA HERMANA, pág. 194.
LOS SEIS CONVIVADOS, pág. 250.
EL ESCULTOR DE LA MONTAÑA, pág. 257.
IDEM; conclusion, pág. 286.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

- PERUGINO, pág. 75.
MURILLO, pág. 143.
FRAGMENTOS DE UN PAISAJE ANTIGUO DE CASSAS, pág. 218.
PEDRO PABLO RUBENS, pág. 241.

LA JUVENTUD DE KEMBLE. 1735, pág. 265.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

- LAS CORRIDAS DE TOROS; por don Florencio Janner, pág. 166.
DEL LUJO DE LOS ESPAÑOLES en el siglo XV y primera mitad del siglo XVI; por id., pág. 214.
ANTIGUAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS; por id., pág. 225.
IDEM; continuacion, pág. 235.

ESTUDIOS DE VIAGES.

- EL PARIA. Introducción, pág. 26.
IDEM; continuacion, pág. 59.
IDEM; continuacion, pág. 79.
IDEM; conclusion, pág. 100.
EL TEMPLO DE LAMA en la llanura de Astrakhan, pág. 111.
SAN SEBASTIAN Y BIARRITZ, pág. 152.
IDEM; conclusion, pág. 169.
EL CAIRO; por don F. Sepúlveda, pág. 252.
LOS INDIOS DEL SENEGAL, pág. 252.
IDEM; continuacion, pág. 269.
ESTUDIOS SOBRE PORTUGAL; pág. 282.

ESTUDIOS GEOGRÁFICOS.

LITERARIOS Y ARTÍSTICOS.

- GALICIA MONUMENTAL Y PINTORESCA; por F. R. Figueroa, pág. 69.
EL P. M. F. BENITO GERÓNIMO FELÍO; por don A. Neira de Mosquera, pág. 105.
INTERIOR DE LOS TALLERES ITALIANOS EN EL SIGLO XVI, pág. 227.
JARILLA; por don A. Magariños Cervantes, pág. 265.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

- LOS DOCE EMISARIOS DEL MARQUES DE BANDA-ROJA, pág. 2.
SALVOS DE LA BIBLIA HEBREA; por don José Amador de los Ríos, pág. 42.
SIBILA FORCIA; por el conde de Fabraquer, pág. 18.
LA ANUNCIACION; oda por don R. M. Barral, pág. 42.

LA CRUZ; poesía de la señora doña Gertrudis Gomez de Abellaneda, pág. 71.

LA CAZA, pág. 98.

LA NOCHE DE INSOMNIO Y EL ALBA; fantasía de la señora doña G. G. de Abellaneda, pág. 110.

LA PROMETIDA DEL CONTRABANDISTA; por Urbino, pág. 129.

IDEM; conclusion, pág. 156.

LA CAMPANA DE LAS TRES; por don José Soler de la Fuente, pág. 145.

DE ESCLAVA A EMPERATRIZ; por don A. Pirala, pág. 164.

IDEM; continuacion, pág. 185.

IDEM; continuacion, pág. 208.

IDEM; conclusion, pág. 257.

JOSE JUAN; el pescador de perlas, pág. 199.

EL TREINTA DE ABRIL; poesía de don J. E. Hartzembusch, pág. 215.

ESTUDIOS ARTÍSTICOS.

LAS AMARGURAS DE MIGUEL ÁNGEL; por Alejandro Dumas, pág. 273.

ESTUDIOS ANECDÓTICOS.

- EL JAUERO; por don M. P. F., pág. 15.
LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS; por don José Quevedo, pág. 29.
IDEM; conclusion, pág. 62.
EL MIÉRCOLES DE CENIZA; traduccion de Jorge Jacobi, pág. 46.
LOS SIETE DURMIENTES; por A. Dumas, pág. 52.
LA ESMERALDA DE GÉNOVA; por F. Ferrandis, pág. 39.
LO QUE TAPA UNA MESA; por don J. E. Hartzembusch, pág. 159.
LAS OBRAS, pág. 174.
LUIS JACOBEJO; por Federico Soulié, pág. 255.

HISTORIA NATURAL.

- LA PERDIZ, pág. 47.
EL TAMANDUA GUACU, pág. 93.
EL TETRODÁCTILO DE HOCICO CORTO, pág. 140.
EL SILURO EQUINOCCIAL, pág. 216.
EL MEGATERIO, pág. 265.

ÍNDICE POR ORDEN ALFABÉTICO.

- ANTIGUAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS; por don Florencio Janner, pág. 245.
IDEM; continuacion, pág. 285.
ANUNCIACION (la); por don R. M. Barral, pág. 42.
AMARGURAS DE MIGUEL ÁNGEL (las); por Alejandro Dumas, pág. 273.

- CABALLO BLANCO DE LA DUQUESA DE BOHEMIA (el); por doña Agustina Masson, pág. 56.
CAIRO (el); por don F. Sepúlveda, pág. 218.
CAMPANA DE LAS TRES (la); por don José Soler de la Fuente, pág. 145.
CAZA (la), pág. 98.

- CONDE DON GUILLEN GONZÁLEZ (el); por don F. F. Villabrille, pág. 141.
CONDE DE MOLLERUCA (el); por don J. Ferrandis, pág. 125.
CORRIDAS DE TOROS (las); por don Florencio Janner, pág. 166.
CRISTÓBAL COLÓN; por don F. J., pág. 13.

- CRUZ (la); por doña G. G. de Abellaneda, pág. 71.
- DE ESCLAVA A EMPERATRIZ; por don A. Pirala, pág. 164.
- IDEM; continuacion, pág. 135.
- IDEM; continuacion, pág. 203.
- IDEM; conclusion, pág. 257.
- DEL LUJO DE LOS ESPAÑOLES; en el siglo XV y primera mitad del siglo XVI. por don Florencio Janner, pág. 214.
- DERROTA DE ATILA (la); por don F. F. Villabrille, pág. 44.
- DESTRUCCION DE SAGUNTO (la); por el mismo, pág. 9.
- DOCE EMISARIOS DEL MARQUÉS DE BANDA-ROJA (los); pág. 2.
- ESCULTOR DE LA MONTAÑA (el); página 257.
- IDEM; pág. 286, conclusion.
- ESMERALDA DE GÉNOVA (la); por don J. Ferrandis, pág. 89.
- ESTUDIOS SOBRE PORTUGAL; pág. 232.
- FEDÚO EL PADRE M. FR. BENITO GERÓNIMO; por don A. Neira de Mosquera, pág. 105.
- FRAGMENTO DE UN PAISAJE ANTIGUO DE CASAS, pág. 218.
- FRUCTUOSO, OBISPO DE TARRAGONA; por don F. F. Villabrille, pág. 56.
- GALICIA MONUMENTAL Y PINTORESCA; por don J. R. Figueroa, pág. 69.
- INDIOS DEL SENEGAL (los), pág. 252.
- IDEM; conclusion, pág. 169.
- INTERIOR DE LOS TALLERES ITALIANOS EN EL SIGLO XVI, pág. 227.
- JARILLA; por don A. Magariños Cervantes, pág. 263.
- JAULERO (el); por don M. P. J., pág. 15.
- JOSÉ JUAN; el pescador de perlas, pág. 199.
- JUVENTUD DE KEMBLE (la); 1785; página 265.
- LECCION DE UNA HERMANA (la); pág. 194.
- LIMOSNA ABRASADORA (la); por D. Carlos Schiller, pág. 186.
- LO QUE TAPA UNA MESA; por don J. E. Hartzembusch, pág. 159.
- LUIS JACOBEO; por Federico Soulié, página 235.
- MARQUESA DE GANGES (la); pág. 179.
- MEGATERIO (el); pág. 263.
- MIÉRCOLES DE CENIZA (el); traduccion de Jorge Jacobi, pág. 46.
- MONGE DE YUSTE (el); por don F. F. Villabrille, pág. 176.
- MUERTE DE BARBARROJA (la); por don F. F. Villabrille, pág. 112.
- MURILLO, pág. 145.
- NIÑOS MIMADOS (los); pág. 26.
- NOCHE DE INSOMNIO Y EL ALBA (la); por doña G. G. de Abellaneda, pág. 110.
- OBLEAS (las); pág. 174.
- PARIA (el); introduccion, pág. 26.
- IDEM; continuacion, pág. 59.
- IDEM; continuacion, pág. 79.
- IDEM; conclusion, pág. 100.
- PEDRO PABLO RUBENS, pág. 241.
- PEÑA DE LOS ENAMORADOS (la); por don José Quevedo, pág. 29.
- IDEM; conclusion, pág. 62.
- PERDIZ (la); pág. 47.
- PERUGINO, pág. 75.
- PROMETIDA DEL CONTRABANDISTA (la); por Urbino, pág. 129.
- IDEM; por el mismo, conclusion, pág. 156.
- REBELION DE ARAUCO (la); por don F. F. Villabrille, pág. 197.
- SALMOS DE LA BIBLIA HEBREA; por don José Amador de los Rios, pág. 12.
- SAN JUAN DE LA PEÑA, pág. 77.
- SAN SEBASTIAN Y BIARRITZ, pág. 152.
- IDEM; conclusion, pág. 169.
- SANTA ISABEL DE HUNGRIA, pág. 50.
- SEIS CONVIDADOS (los); pág. 230.
- SERTORIO; por don F. Villabrille, pág. 249.
- SIBILA FORCIA; por el conde de Fabraquer, pág. 18.
- SIETE DURMIENTES (los); por A. Dumas, pág. 52.
- SILURO EQUINOCCIAL (el); pág. 216.
- TAMANDUA GUACU (el); pág. 95.
- TEMPLO DE LAMA en la llanura de Astrakhan, pág. 111.
- TETRODÁCTILO (el); pág. 140.
- TOBIAS EL MERCADER; por doña Camila Lebrun, pág. 84.
- IDEM; conclusion, pág. 115.
- TEINTA DE ABRIL (el); por don J. E. Hartzembusch, pág. 215.
- VIAGE A INDIAS (un); pág. 6.

